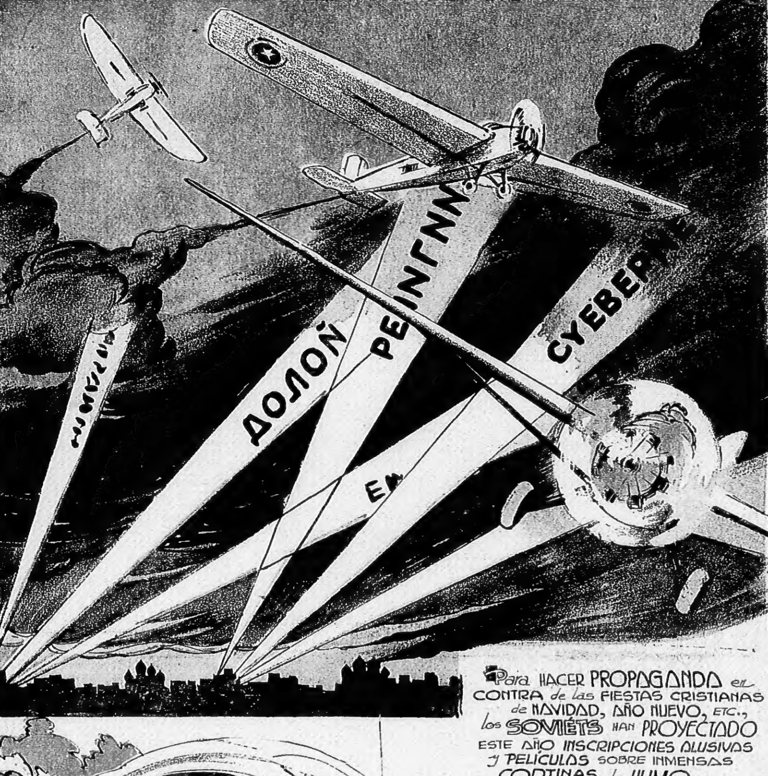
REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

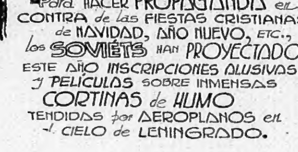
CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I — BUENOS AIRES, FEBRERO 3 1934 — No. 26

VISTO y OIDO ★ Siempre Andan Apurados ★ por PREMIANI





Para HACER PROPAGANDA en contra de las FIESTAS CRISTIANAS de NAVIDAD, AÑO NUEVO, ETC., los SOVIÉTS han PROYECTADO este AÑO INSCRIPCIONES ALUSIVAS y PELÍCULAS sobre INMENSAS CORTINAS de HUMO tendidas por AEROPLANOS en el CIELO de LENINGRADO.

DEIMOS, SATÉLITE de MARTE, es el MENOR de los ASTROS CONOCIDOS; TIENE UN DIÁMETRO APROXIMADO de 8 a 30 KILÓMETROS.

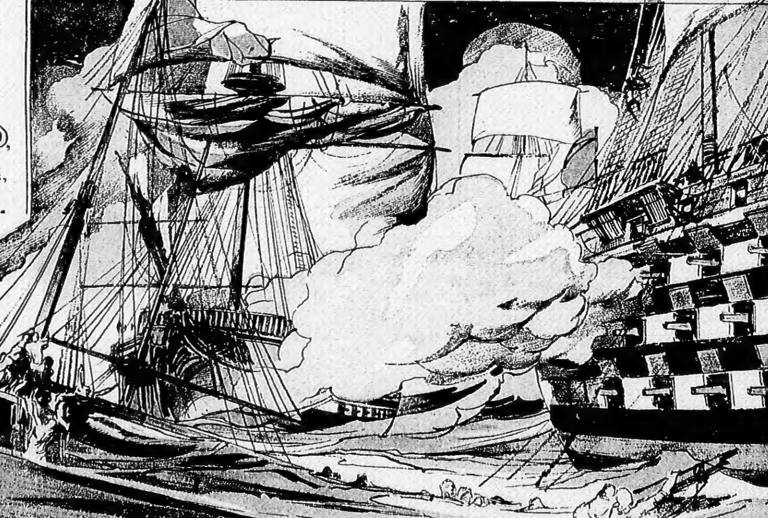


CONSTANTINO, EMPERADOR ROMANO, era HIJO de UNA COCINERA.



Los BERSAGLIERI son los ÚNICOS SOLDADOS de INFANTERÍA que NUNCA MARCHAN ANDANDO: CORREN. Para MANTENER la FORMACIÓN con las DEMÁS TROPAS, se DETIENEN de TRECHO en TRECHO.

El AVE DEL PARAÍSO, así llamada por la BELLEZA de su PLUMAJE, es una de las AVES que está DESAPARECIENDO.



Al CONTRARIO de las BATALLAS TERRESTRES, las MARINAS CÉLEBRES han sido muy POCAS: SALAMINA, donde QUEDÓ DESHECHO el PODERÍO PERSA; MILAZZO, de los ROMANOS contra los CARTAGINESES; LEPANTO, la DERROTA del ISLAM por los CRISTIANOS; TRAFALGAR.

El Tercer Milagro

(Novela trágica del suburbio porteño)

POR

Edmundo Montagne

★

Ilustración de

Rechain

EN el Bajo de Saavedra, a orillas del arroyo Medrano, queda un resto del caserío de latas que fué hace diez años el origen del barrio.

Esos ranchos apiñados como al abrigo de un solo techo multiforme, disimulan su oxidado metal bajo las campanillas de verdes hojas acorazonadas que apenas tienen tiempo de secarse y caer en invierno, y que durante casi todo el año abren allí, favorecidas por la humedad del lugar, sus graciosas corolas violadas, rojizas y azules.

En el muro que forman esas enredaderas abren a su vez las cuevas humanas su boca hacia el arroyo, a dos cuartas del yuyal de la barranca: pues sólo dos cuartas de ancho mide la veredita de tierra, pelada al paso de los vecinos, resbaladiza y peligrosa en días lluviosos, por donde es dable descender al cauce generalmente seco del arroyo y y cruzar por debajo las vías del tren.

Sobre ese bajinivel natural, los convoyes del Central Argentino descargaban momento por momento su largo y enérgico trueno.

Los achatados ranchos orilleros tienen también salida por detrás, hacia el barrio.

Hasta hace un mes las vecinas gustaban dar los "buenos días doña Mancia", y meterse sin más ni más en su casa, por cualquiera de ambos lados, a la pesca de noticias que poder esparcir luego en el Bajo. ¿Se casaría Taquita al fin con Sebastián, mozo viudo de otra hija de doña Mancia y cabeza de familia de esa casa? Taquita servía de madre a Ticholo, el chiquilín ahora escolar de primer grado que la finadita había dejado a Sebastián. Antes de ir a su taller, Taquita deletreaba con Ticholo o le corregía los palotes y torpes letras que trazaba en su cuaderno. Pero las vecinas dieron bien luego incremento a las suposiciones de que aquel posible matrimonio había sido obra de sus propias familias demasiado bondadosas: pues lo que pasaba en lo de doña Mancia, y que hacía que no la visitaran como antes, anunciaba cambios de vida en aquel hogar honrado hasta entonces. No bien llegó de Rosario la sobrina de doña Mancia, esa tal Loba, fué apostado un vigilante en el cauce del arroyo. Y esta vez no era porque se temiese que alguien pondría una bomba explosiva al paso de determinado tren. No. Doña Mancia comenzó a suspirar. Vió cómo su hija Taquita vestía los trajes ricos de la Loba, y cómo por eso y por las salidas con ella, Sebastián fruncía el ceño, hablaba poco, luchaba entre las esplendideces y confianzas de la rosarina que parecía quererlo envolver, y el temor de que Taquita fuera influenciada por el desparpajo turbio y arrollador de la brillante prima.

Nadie podía presentir mejor el peligro que corría la casa que la propia doña Mancia, quien al tercer día de llegada la Loba, se encaró con ella:

—Decime, muchacha: ¿qué viniste a hacer en Buenos Aires? Pero no, no me lo digas; no quiero saberlo: sólo te pido que te vayas cuanto antes: te lo ruego.

—Ya la entiendo, tía... ¡En qué gracioso barrio viven ustedes! Aquí ninguna mina tiene gavión que sea lunfa, ni canfle, ni... Aquí... todas son decentes... ¡empezando por Taquita!

—¡Vean las guasadas que dice esta añora!... ¡Virgen Santísima!... ¿Y es una hija de mi hermana Petra la que me habla de esta manera?

—Si estoy bromiando, tiita, — cambió bruscamente la Loba, yéndole a hacer caricias — agregando:

—Usted se pone fula cuando debía de estar contenta. ¡Va a ver qué batón le he traído del Centro, y qué medias!... Los zapatos se los prueba, y si no le van bien...

Doña Mancia protestó enérgica:

—No, no, no: todo eso te lo volvés a llevar... No quiero nada; no preciso nada.

Arguyó a esto la Loba que no fuera orgullosa; que estaba empeorando su situación de pobre viuda, y la de su yerno Sebastián, y la de...

—Tengo que presentarle a Loreto... Rafael Loreto... que lo tenían a la mano y no lo aprovechaban... Es por eso, tía, que le traje el batón... Rafael Loreto puede hacerle dar un buen empleo a Sebastián: así no vendrá todos los días a casa gediendo a cuero.

—¿Gediendo a cuero? A tanino, dirás... ¿Y de ahí? Es un trabajo como cualquier otro... Además, los alemanes de la curtiembre lo aprecian, y a su lao prosperará.

—Es un laburo fulero, tiita. Hay otros...

El nombrado Loreto era un capataz de cuadrilleros limpiadores de zanjas. ¡Pero qué capataz! El, según decía la Loba, no empuñaba la pala para dar ejemplo de trabajo a sus subalternos. Los capataces que hacen eso son unos desgraciados. Loreto es un "bacán a la gurda", un señor de influencia... Leía el diario apartado de los cuadrilleros, a los que apenas miraba de tarde en tarde por debajo del ala de su impecable sombrero claro. Y alzaba lentísimamente los pies calzados de charol y polainas también claras, y condescendía en ir a hablar con "sus" peones, pero cuando abandonaba el cerco o muro en que se recostaba, sólo era para recordarles los deberes de concurrentes al comité político y afianzarles la esperanza de lograr para sus parientes y amigos los empleos públicos soñados.

Todo lo podía Rafael Loreto. Si querían, hasta haría a Taquita directora de una escuela.

Y doña Mancia no sólo lució batón y calzado nuevos para recibir la visita de don Rafael, que se vino acompañado de un mozo bien, un tal Calino, más pulido y oloroso que damisela en fiesta, sino que accedió a todos los caprichos de la Loba, hasta despertar, al cabo de un mes de mareos, en una realidad que la tenía sobresaltada y remordida, llena la mente de siniestras sombras. Preparando el desayuno para los tres: Sebastián, el chiquilín Ticholo y Taquita; acomodando luego los rincones en que dormían; espiando cuando la Loba, en el tercer cuchitril, que servía también de comedor, comenzaría a desperezarse y a pedir mate, doña Mancia acudía a ver el santo de junto a su cama, al que le había encendido una vela. Viendo la imagen, arrojaba de sí por un momento el recuerdo de los tremendos hechos y el temor de lo que tras ellos acaecería. Mas era tornar a su brasero, colgar unas ropas, poner alpiste a los pájaros cazados a trampera por Sebastián para entretener a su hijito; ver las prendas de la Loba; tocar esto, mirar lo otro, y los recuerdos inquietantes volvían a asaltarla.

—¿Cuál es el juez que entiende en la causa? — le preguntó Loreto a la Loba, así que le agarraba el primer mate por ella cebado el día que lo presentó a la casa.

La Loba dijo el nombre. Y Loreto agregó entonces:

—Dejá el asunto por mi cuenta. Y de yapa mañana hago quitar el botón que la señora dice que han puesto aquí en el cruce del arroyo desde que vos viniste.

La Loba tenía un hombre, que estaba preso y enjuiciado. Eso era patente. Y si además se hacía proteger por otro, y venía allí Calino, como si fuera de la casa, y tenía más amigos todavía, ¿por qué había buscado y había logrado enloquecer a Sebastián? ¿Qué se proponía?

¡Ah, la cosa fea de aquella noche! Oír como que Sebastián dejaba su catre. No sentir nada después, sino al rato: el rumor de una lucha sofocada, viniendo de la cama de la Loba. Y nada otra vez. Y cuchicheos premiosos al fin. Y ver, ver con sus propios ojos un bulto deslizarse por el suelo, que era Sebastián regresando a lo gato.

—¡No! ¡Esto no, en la casa de Amancia Luna! — recuerda bien doña Mancia que gritó la segunda noche, echándose de su cama para interponerse al avance de Sebastián, y que éste, de pie, dió vagas excusas a la Taquita, aparecida repentinamente de modo sonámbulo y trágico.

Otra vez llega la Loba a las tres de la mañana acompañada por Calino y un cuadrillero de los de Loreto que todas las tardes, al pasar por allí, daba a Ticholo las bolitas que hallaba entre el barro y los yuyos de las zanjas. A la orilla del arroyo, sombras más negras en la negra sombra, discutieron los hombres. La Loba quería abrir una valija extraña. Calino se lo impidió: "Andate y guardala". Y sacando dinero de su bolsillo, se lo dió al cuadrillero: con lo que los hombres se separaron y la Loba entró.

Pero lo más terrible era la rivalidad entablada entre la Loba y Taquita. Como ésta se rebelaba contra todos, madre, cuñado, novio, intrusos, malevos, guardando una actitud reservada, dura y siniestra; como ya no aceptaba ni trajes, ni bailes, ni dulces, ni atendía a Calino, que la había deslumbrado pero no convencido, la Loba la maltrataba con burlas hirientes sobre la decencia y con desprecios sobre la vida sin lujo ni placeres.

Una vez el pibe Ticholo recibió a su padre, que venía a almorzar, con uno de los saludos compadrones de Loreto, uno de esos dichos que Sebastián, trabajando en la otra orilla, mientras llevaba al sol los bastidores de la curtiembre, había tenido que oír a menudo de aquellas gentes que le tenían ganada su casa y mateaban y se daban aires de perdonavidas entre los caracoleos y risas de la Loba y las cavilaciones de su suegra.

—¡Hola, che! ¿Qué me cuenta de la vida extraña? — le zampó Ticholo al padre.

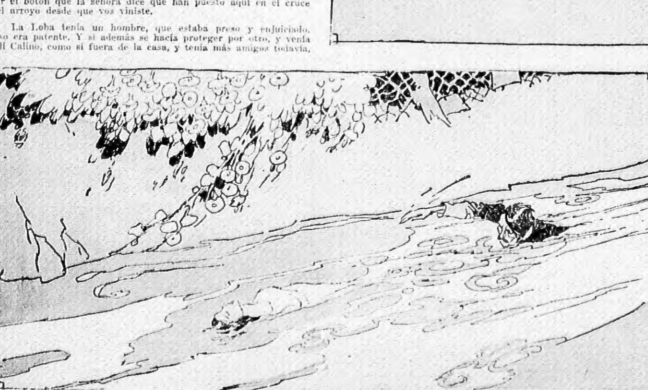
Y éste vió que ni la abuela ni Taquita reprendían al chico.

—Ya sabés que a mí se me va la mano pronto, mocoso — le gritó a Ticholo.

Ticholo rompió a llorar.







—A usté no se le va la mano ni pronto ni tarde — le incriminó Taquita.

—Ah, lo defiende ahora al chico, después de tenerlo abandonado hace un mes, por andar en...

—¿Por andar en qué? — enfureció Taquita. ¿Por andar con esa atorranta de alto rango que a usted y a mi madre les conviene tanto?

—Mirá Taquita si medís.

"Recuerdo que yo lo dije así", piensa la temerosa doña Mancia, "pero que disimulé mi turbación yendo a consolar a Ticholo."

Taquita continuó gritando fuera de sí:

—Pues voy a seguir olvidándome de Ticholo... ya que usté ha comprendido que Calino, alias Mozo Bien, y un L. C. requete-escrachao, quieren hacer de mí otra Loba. Así a mí también me buscarán... los hombres decentes como usté.

Le dijo aquello hundiéndole la mirada en la faz, que Sebastián agachó callado, vencido.

—¿Se calla? ¿Se callan todos? — continuó Taquita —. No importa: yo procederé. No, no se asusten. No les arruinaré el programa de la fiesta. Pero soy muy dueña de mí y de no querer compartir más tanta desvergüenza.

Esa misma noche la Taquita casi logra hacerse destrozar por el tren. No sabe doña Mancia cómo no la oyó salir. Seguramente el alivio de una noche sin la Loba en casa la había sumido en un sueño lejano y bienhechor. Sólo oyó cuando Sebastián la traía por la orilla del arroyo a empujones y palabras de desesperado amor.

—¡Volvé, zonza, zoncita: te quiero sólo a vos, a nadie más que a vos. ¡Bárbara! Ibas a matar de pena a mamita.

—Dejame: quiero morir; no quiero estorbar. Soy una sombra despreciable.

—Callate, y sé buena.

—No quiero; no quiero.

—Vas a ver cómo todo cambia mañana mismo. Y nos quedamos solos. Y nos casamos.

Por fin Sebastián la agarró y alzó en los brazos. Y ella cedió, convulsiva, dejándose llevar a la covacha, con su blanco traje de novia, que se había puesto para el suicidio, hecho girones y ensangrentado por los alambres rotos entre los cuales, trepando como un fantasma cabrío el talud del viaducto, había metido cabeza y medio cuerpo para que un segundo después la despedazase el tren, que pasó rápido, enorme serpiente fragorosa y fulgurante, ululando para todos su peligro de muerte.

★

Doña Mancia, metida en su pena, va y viene por los cuartuchos, sin dejar de acercarse al santo para despabilarle la vela, rezarle, persignarse y volver a los quehaceres.

El día lluvioso ha impedido sacar los bastidores de la curtiembre al ancho baldío de enfrente, por lo que siempre que asoma para ver si anda allí Sebastián, no ve a nadie, y el mal cariz del cielo aumenta su tribulación.

Taquita ha salido con el chico, a quien habrá que operarle la garganta. Pero a la Taquita ya no la compone nadie ni nada, así sea su piedad por el chiquilín, puesto que la Loba sigue atrayendo a Sebastián, quien en vano lucha angustiosamente contra ese influjo diabólico.

Taquita, bien la conoce su madre, porfiará por cometer una barbaridad. "Que no sea", se lo ha pedido a San Antonio, "que no sea arrojándose a la mala vida de la Loba".

Ante la idea de que Taquita, despechada con Sebastián, hiciese tal cosa, tiembla y vuelve a rogar a su santo, quien ha de ser tan misericordioso que le haga el tercero de los milagros. El primero había sido curar de la bebida a su marido. Mala bebida tuvo el finado Antonio. Maltrataba a los hijos. Había terminado por no emborracharse una sola vez sin enderezarse a golpearla a ella misma. Empezaba sus barbaridades por ahí. Sin embargo, ella tenía fe en San Antonio: siempre había oído referir sus milagros. Y si desde chiquito su marido había sido puesto bajo la custodia de ese santo, ¿por qué no rogarle en favor de quien llevaba su nombre? Compró, pues, un San Antonio de bulto. Llevó el lindo yeso a que el padre párroco lo bendijera, y lo colocó sobre la mesa de luz. Una mañana, el puchero ya hecho y tendida la mesa, y después de terminar el torcido de una cantidad de piezas de ropa lavada, se había echado en la cama para que sus doloridos riñones descansaran mientras esperaba al marido, cuando ahí está que lo oye entrar carraspeando e insultando a la familia entera. "¿Dónde está esa tal por cual? ¡Me la voy a hacer entrar en vereda!", prometía. Ella, acomodando el santo de modo de verle el divino rostro, aguardó a su verdugo. "¡Echada, la gran señora! ¡Juna perra!" Y se abalanzó a golpearla con más ganas que nunca. Pero Mancia, agarrando el santo como quien agarra un ladrillo, se lo arrojó e hizo trizas en la cara. Con lo que el hombre trastabilló y cayó de espaldas, ensangrentado. Y así lo curó el santo de la bebida, sacrificando aquella copia de su figura para hacer el milagro. Y otro milagro fué el que operó salvándole a su hija Clarisa, la que llegaría a ser mujer de Sebastián y dejarle a ella el nietecito Ticholo. "Andá a decir a tu padre que está la comida", le ordenó. La muchachita se dirigió al corralón. En la puerta vió el carro del padre a medio entrar. Pero el padre estaba adentro. Cuando Clarisa quiso escurrirse entre la yunta de frisones y el quicio del portón los caballos se movieron y la apretaron allí con la lanza, matándola. ¿Matar? No. Quizá no todavía. Quedaba en el suelo contorsionándose. Como si el socorro que acaso pidiera en su mente la muchacha hubiera golpeado en el corazón de la madre, Mancia había salido enloquecida a la calle, presintiendo la desgracia de Clarisa. Y fué y la levantó en brazos. Y corriendo siempre la llevó a la botica, de donde fué trasladada a un hospital. De un día para otro moriría allí, cuando Mancia hizo un voto a San Antonio que se la devolvió sana y salva a los tres meses.

—¿Rezando? Siempre rezando — exclama Sebastián que ha llegado hasta allí sin ser percibido.

—¿Qué querés que haga, Sebastián? Le pido a San Antonio una tercera gracia... ¡Qué mojado venís, hijo!

Tan sofocante es el grueso y tupido rumor de la lluvia cayendo sobre los bajos techos del rancherío, que apenas oyen nuero y suegra lo que se hablan.

—No se ve... ¿No hay más luz que esta? — pregunta Sebastián por la vela del santo al dirigirse al comedor.

Momentos antes pensaba doña Mancia que la obscuridad de la casa era la oscuridad del destino y que en medio de esa lobreguez sólo iluminaría el sendero la luz que les quisiera dar el santo.

A la observación del nuero prende un quinqué y lo lleva a la mesa. Se sientan. Comen silenciosamente.

—Supongo que hoy no vendrá; que se habrá despedido de ustedes...

—¿No ves su baúl y esa valija de mano?...

Sebastián no había visto eso en un rincón. El tapado de la Loba estaba sobre el baúl, y sobre el tapado la valija. La vista de esa prenda de vestir lo estremece. La proximidad de la cama llega a desasosegarlo hasta convertir su permanencia allí en un verdadero martirio. Ya sus bocados no saben a comida sino al perfume enloquecedor de la Loba.

—¿Cuándo se va, entonces? — grita.

Y mira a su suegra. Y a la plena luz del quinqué ve en esa cara desolada y animosa la comprensión de todo lo que en él está pasando.

La Loba tomará el tren de la mañana. No: descuide Sebastián: puede estar tranquilo, pues vendrá a despedirse sola. No importa que esta noche haya sido la indicada para que Calino llevase a Taquita y la presentase a esa directora de labores en cuyo reemplazo, según Loreto, ganaría pingüe sueldo. Ese negocio y todo trato de Taquita con ellos ha concluído.

—¿Está segura de eso? — pregunta Sebastián abandonando con resolución la mesa.

—Sí, hijo, después de lo del domingo.

—Lo del domingo fué que Loreto, viendo impaciente que Sebastián se oponía a que él se encausara a Taquita, y sospechando que seguirían oponiéndose a pesar de su "metida" con la Loba, le soltó de golpe:

—Usted se calla y deja hacer, no sea infeliz!

Y los dos echaban mano a sus armas. Pero las mujeres lograban separarlos. Y la Loba y doña Mancia hicieron prometer a Loreto que sus visitas y las de sus amigos a esa casa quedaban terminadas para bien de todos.

—No tenés por qué guardarle odio, Sebastián. El es persona influyente. Y vos... ni siquiera has pisado una vez su comité.

—¡Ah, ah! ¡Se lo pisaría!

—Sé prudente. Todo irá bien. Hice una promesa al santo y... No sé. No he de quedarme tan chato como él quiera.

Sebastián se pone el capote de hule y sale por detrás, pues en el arroyo el agua caída rueda ancha de diez metros. Al rato, a la luz de un relámpago, doña Mancia ve a su yerno pasar el puente de la esquina. Comprende que no es cierto que le toque guardia esa noche. El crecido arroyo le impedirá venir si cae en la tentación. Eso es todo. Así se lo ha propuesto. ¡Crecido y tan crecido el arroyo! La lluvia azota. El torrente desbordará. ¿No lo tuvo en cuenta Sebastián? ¿Prefiere desamparar a los suyos durante la inundación a tener que despedirse de la Loba?

No: es que Sebastián atajará el paso a Taquita y Ticholo, cuando viniendo por el bajo de Núñez, quieran pasar el puente.

Pero ya es tarde: ya es tarde para lograr que permanezcan con él en la curtiembre.

—¡Maldito sea! — ruge en las tinieblas, orillando como un perro el lago que las aguas desbordadas forman en la playa de los bastidores.

Las bocinas de auxilio han comenzado a sonar. Los truenos arriba y el torrente abajo; y viento rachoso y cargado de lluvia abofeteándolo todo, traman un concierto horrible al que por fatalidad viene a agregarse el estrépito del ferrocarril corriendo sobre el viaducto.

—¡Taquitaaaa!

No oye. Y ella y el chico prendido a su falda desfilan espectralmente por la tablazón, a un palmo sobre el agua siniestra.

Ahora es la Loba, sí, la Loba... o la lluvia no lo deja ver. Sí, ella y Calino son quienes descienden de un auto en la esquina alumbrada de la calle trasera. Un mar de agua borbollante y vertiginosa lo separa de los ranchos y de esa esquina.

—¡Taquitaaaa! — grita Sebastián volviéndose con dificultoso chapaleo hasta enfrentar el boquerón de su casa.

Quisiera avisar a Taquita que todavía está libre de las aguas la vereda: que huya por allí con su madre y el chico y vayan al puente, donde ya pasa un vigilante a caballo y vecinos bien dispuestos a salvar a quienes peligren ahogarse. Si no hace eso, Calino y la Loba se la llevarán. ¿O es que ella lo está deseando?

—¡Taquitaaa!

¡Al fin! Al fin la ve asomar eclipsando con su cuerpo la luz del miserable quinqué.

—¡Sebastián! — grita a su vez Taquita, defendiéndose de la Loba que lucha con ella, logra arrancarle la mano del cerco y la arroja de un empujón a la corriente.

—¡Ah...!

Sebastián se saca el hule y se lanza en su busca. Las aguas, más veloces junto a los ranchos que en el lago de la curtiembre, alejan de su alcance a la muchacha. Braceando desesperado, llega también al centro del impetuoso cauce. ¿Dónde, dónde va ella? En ocasión que un vuelco de la corriente favorece su impulso, la atrapa por las ropas. Se ahogarán, acaso, pero abrazados. Mas nota que sólo quedan en sus manos girones de las faldas y campanillas del cerco, al tiempo que un formidable golpe en la cabeza le quita el sentido.

De este modo Sebastián vuelve en sí al día siguiente. Ve a su lado a doña Mancia y Ticholo. Sabe que a Taquita la sacaron ahogada de entre los pilotes del puente de Blandengues. Oye que los vecinos, conciliados con ellos por la desgracia, disponen el velorio en la pieza de al lado.

—Mi buen santo me escuchó también esta vez — suspira doña Mancia. Y como Sebastián la mira absorto, ella agrega:

—Yo le había pedido que antes que perdida, prefería verla muerta.

Mirando largamente en el rostro a su suegra, Sebastián bebió el sentido de aquella revelación, y notando que un dejo amargo y caliente le subía a la garganta, deseó también morirse e ir a pedir perdón a la Taquita, antes de que aquel sollozo lo volviese a atar a la vida con sus tremendos sacudones.

LA TRISTE JUVENTUD DE O'HIGGINS

En los últimos decenios del siglo XVIII los jóvenes americanos que gozaban de alguna situación, se dirigían a España en busca de auténtica gloria.

Era la época romántica de Chateaubriand y de Rousseau, y los versos de Béranger cantaban en las cabezas jóvenes. La revolución de Francia había hecho pasar sobre el mundo un soplo de libertad, y ahora, los triunfos de Napoleón animaban los sueños de las ambiciones nacientes. Europa pululaba de genios en agraz que apuraban hasta las heces el amargo cáliz de la espera. La suerte no estaba aun echada.

No había lugar para los desinteresados arranques de la juventud en un continente decrépito, con un ambiente moral bizantinamente tejido de odios, de mezquindad y de intrigas. Sólo la guerra podía brindar la escala de una rápida ascensión; pero, en los ejércitos de la Península, las ocasiones de distinguirse, no brillaban fácilmente para los americanos. Era inquebrantable, a su respecto, el orgullo fanático de los españoles. Se les despreciaba por haber nacido en las tierras sojuzgadas de América, y se les aborrecía por buscar en fuentes exóticas, frecuentemente enemigas, los principios de su cultura.

Por otra parte, fuera de España, no podían pensar los americanos en otra patria natural, pues, solamente Miranda, el Precursor, en su retiro londinense de Grafton Square, urdía en secreto los planes de la independencia futura.

Uno a uno, los hombres de la revolución hubieron de conocer las amarguras de este destierro "a priori". Ni siquiera Bolívar, con su temperamento tan poco apropósito para soportar humillaciones, sus parentescos en la Corte, su fortuna personal, enorme para la época, pudo sustraerse a los dolorosos alfilerazos que Europa reservaba a los nacidos en el oscuro continente de Indias. "Zaherido al principio por sus compañeros madrileños, en quien su calidad de criollo excitaba burlas que tuvo que sufrir en silencio; admitido luego entre extranjeros que pensaban haber colmado las pretensiones del joven, fingiendo olvidar sus orígenes"; no podía alimentar grandes esperanzas sobre su acción futura en una nación que tan poco cordial acogida ofrecía a los naturales de sus colonias, y que, en el mejor de los casos se limitaba a considerarlos con invariable sonrisa burlona.

Montúfar y Rocafuerte, de Quito; Monteagudo, del Perú; Caro, de Cuba; Servando Teresa Mier, de Méjico; Carrera, de Chile; Mariano Moreno, del Plata; Zapiola y Alvear, de las mismas regiones; hubieron de conocer esta dolorosa indiferencia de los pueblos que más admiraban.

Esta sorpresa triste, brindada por los países civilizados a los representantes de las lejanas colonias que cayeron en la ingenuidad de creer que rezaban con ellos la "libertad, igualdad, fraternidad" de la revolución francesa; o que habían tomado en serio "la preocupación generosa y paternal" de la corona de España, que les habían predicado en América, revestía en ocasiones los caracteres de un drama íntimo.

Por aquellos días, en una sórdida bohardilla de Cádiz, un joven americano, hijo natural de un virrey español, apoyados los codos sobre su mesa de estudiante, oculto el rostro entre sus manos largas y finas, meditaba sobre estos temas.

Su cuerpo, bien formado, se ocultaba en un traje viejo y raído. Los cabellos excesivamente largos, tocaban por detrás el cuello de su chaqueta. Los apuros de dinero se sumaban a una fuerte nostalgia sentimental, y su sed de acción venía a complicar sus inquietudes hasta colocarlo en el borde de la más absoluta desesperanza.

Su educación refinada, sus aficiones artísticas, el recuerdo de su vida de estudiante en Inglaterra, tocada de ciertos ribetes de dandysmo; sólo le servían ahora para hacerle apreciar más nítidamente el abismo de su caída actual. "Plus il y a de sensation, plus il y a de tourment. Grand Martyr". ¡Gran Martirio!; podía exclamar ahora él, con Leonardo.

En Londres, en Richmond, tenía siquiera la tierna amistad de Carlota Eels, que bien le compensaba del olvido de su familia, del repudio de su padre, de la tacañería de sus banqueros judíos Spencer y Perkins, que desde hacía muchos meses parecían haber puesto un nudo definitivo a su bolsa. Pero aquí, en Cádiz, ¿qué otra imagen se podía presentar a su imaginación sino la de su fracaso irremediable?...

Hacía un año que, cuando todo parecía entrar en vías de solución, había comenzado para él el período más azaroso de su vida.

"El 3 de abril de 1800, había salido de este mismo puerto, rumbo a Chile, a bordo de la fragata "Confianza". El convoy, formado por diez embarcaciones más, fué asaltado a corto andar por los barcos de guerra ingleses que hostilizaban la flota mercante de España. Pérdida total del equipaje, de los efectos personales, de los escasos haberes. Después de varios días de navegación a bordo de los barcos enemigos, desembarqué en Gibraltar, sin dinero, sin medios, sin relaciones. "Los trabajos pasados en esta ocasión no son imaginables. — escribe después — hasta tres días he llegado a estar sin comer, durmiendo en el suelo por espacio de ocho días, todo por no haber embarcado siquiera un real — añade en tono de reproche — como que no he recibido dinero desde mi salida de Londres."

Por mucho que le repugne la idea de volver a casa de su protector que tan friamente le ha tratado durante su estado en Cádiz, no tiene otro remedio que recurrir de nuevo a él. "Me vine de Gibraltar a Algeciras a pie, medio desmayado de hambre, de calor y de cansancio, donde tuve la buena fortuna de hallar al capitán don Tomás de O'Higgins, quien también fué hecho prisionero en la fragata "Florentina", donde iba como pasajero. Me dió un peso por hallarse también corto de dinero; y como pude tomé pasaje a bordo de un barco que iba para Cadiz, ofreciendo pagar a mi llegada."

Nuevas tribulaciones en la corta travesía. Un bergantín corsario inicia otra persecución, y el navío fugitivo se



salva solamente cuando a ... vor de la obscuridad logra ponerse al amparo de las fortificaciones españolas de la costa.

En Cádiz, el presente se ofrece más sombrío que nunca. Bernardo Riquelme, el joven americano, a pesar de servir de dependiente en casa del conde de Maule, no logra ver una peseta de las arcas de su protector. Su estado es lamentable. Ni siquiera puede salir a la calle ya por falta de ropa adecuada. "Yo soy mi mismo barbero, peluquero, me coso y remiendo, y en fin, en todo el año no he gastado un ochavo".

Pero, después de tantas tribulaciones, he aquí que aun le falta el golpe más terrible por soportar.

Esta mañana, su protector se ha encerrado con él en su despacho. Sin prepararlo ni prevenirlo, después de haberle hecho sostener en silencio una larga mirada severa, el engolado señor, con toda la prosopopeya de que es capaz, le ha tendido una carta de su padre, la única que el pobre Bernardo ha podido recibir desde el principio de sus desventuras. Con gran emoción se ha puesto a recorrer sobre el papel los rasgos paternos. De pronto su interés filial se ha convertido en sorpresa, en estupor, en una mezcla de asombro y de coraje que le han hecho palidecer intensamente. ¿Es posible que la adversidad, la injusticia, la incomprensión, puedan alcanzar tales extremos? Bernardo, desconcertado, no quiere dar crédito a sus ojos. Su padre, en esta primera carta en que trata de él, no sólo no tiene una palabra de afecto para el hijo ausente, sino que exije de su protector, el conde de Maule, "que en atención a que su hijo es incapaz de seguir carrera alguna e ingrato a los favores que se le hacen, que desde luego se le despida y eche de su casa".

Bernardo, con la carta en la mano, ha quedado como petrificado. Luego, cuando ha conseguido salir de su estupor, se ha encarado con su protector y ha vuelto a insistir con más ahinco, con más calor que nunca, en sus antiguos planes: El es joven, capaz, apto para la vida militar. Por su familia y por su preparación anterior tiene harto derecho a aspirar a una plaza en el ejército. ¡Cuán fácil sería solucionar satisfactoriamente su vida si solamente alguien se interesara por él!...

El conde de Maule, que ha comprendido la indirecta, responde con evasivas. Bernardo ha vuelto a insistir. Será pues, preciso desengañarlo de una vez. No habrá otro remedio que decírselo todo.

El buen conde, para no producir heridas inútiles, trata de elegir las palabras que va a usar: Cuestiones de familia impiden su intervención en este asunto. Bien sabe Bernardo que el apellido que usa no es el de su padre. Un hombre que por razones obvias se ve obligado a emplear el nombre materno, no puede aspirar a ciertas situaciones... Para optar a una plaza en el ejército español, se requieren en fin, cuando menos, la fe de bautismo...

Fracaso sobre fracaso: humillación sobre humillación. ¡No tendrá ya, pues, salvación el destino de Bernardo?

★

La guerra entre España y Portugal ha estallado en estos días. Toda la juventud española ha sido llamada bajo las armas. Cádiz ha amanecido estremecida por un inusitado movimiento marcial. Por las calles no se ven sino soldados; no se oyen sino músicas militares a la cabeza de las columnas en marcha.

Cada vez que el abatido joven topa con un militar, un doble sentimiento de emulación y despecho le impulsa a torcer por otra calle.

Esta tarde, harto ya de un espectáculo que le turba y le saca fuera de sí, se ha encerrado a pensar, en su bohardilla.

No; el no puede resignarse a la inacción cuando fuera, tan al alcance de su mano se le ofrece la ocasión de conquistar los ansiados galones. Por él y por Carlota Eels, cuya imagen no le abandona, está en la obligación de apurar todas las posibilidades, todos los recursos, todas las ocasiones... Pero, ¿qué hacer?, ¿por dónde empezar en un país que parece hostil, sin influencias, sin dinero, sin relaciones?.

Si su padre lo quisiera, ¡cuán fácil sería para el joven Bernardo, cambiando su oscuro nombre de Riquelme, por el virreinal de O'Higgins, lograr una plaza de cadete en las fuerzas que van a salir para Portugal, marchar, batirse, hacerse allí la situación y el nombre que tanto ansía!...

Pero el orgullo del anciano virrey se resiste a reconocer a este hijo americano, tocado ya de ideas liberales, discípulo y amigo de Miranda, ligado con francmasones y sosteniendo amistad con las peores cabezas de Cádiz. ¿Cómo poner en evidencia ante los amigos de la corte, a este precoz muchacho liberal? Sin embargo, Bernardo no se aviene a abandonar la partida sin tratar de tocar el corazón de su padre por última vez. ¿Es que podría renunciar así como así a lo que él cree la única oportunidad de su vida? ¿Es que su afán, por instruirse, su decisión de triunfar, su coraje, su sed de gloria, no serán capaces de ablandar el recio orgullo de su padre, que si no es un sentimental es un hombre de honor que debe guardar muy alto el sentido de sus deberes?...

Con brusco ademán repentino, Bernardo ha abandonado su meditativa postura y se ha puesto a pergeñar, nerviosamente una carta.

Desde la plaza vecina a este rincón en que vive, le llegan los sones dispersos de la banda militar del regimiento de "Murcia". Poco a poco, la prosa de su misiva, inicialmente ceremoniosa, fría, cobra movimiento y pasión: se torna confidencial, estremecida, convincente.

"Me hierve la sangre en las venas de envidia — escribe ahora, haciendo rasguear fuertemente la pluma sobre el papel — al ver tanto joven marchar para la raya destinados a una carrera pronta de la que puede dimanar, o bien el empleo fructuoso, sirviendo a la patria, o una muerte gloriosa. Parece que la desgracia me ha destinado a morir en un rincón, desconocido, lleno de necesidades y de todas las infelicidades imaginables, sin encontrar donde comenzar ni cómo hacer carrera, desconocido de todo el mundo, sin empeño y ningún arte en la adulación, una de las principales ciencias de estos países"...

Al llegar a este punto, la evidencia de la injusticia, el despecho y el coraje contenidos, han detenido la mano sobre el papel. Para no verse arrastrado a estampar lo que no quisiera, aquellas palabras violentas que la indignación atropella en su mente; Bernardo ha abandonado los trebejos de escribir, y, en busca de un poco de aire, se ha echado de codos sobre el alfeizar de su pequeña ventana.

Abajo, en el fondo de la calle en que empiezan a adensarse las sombras del atardecer, percibidas en escorzo violento, pasan las filas del Murcia rumbo a la frontera de Portugal.

Dentro de su ropa raída, bajo sus cabellos mal cuidados, Bernardo ha sentido de golpe toda su infelicidad.

El destino inmediato de los hombres es tan impenetrable: es tan parca la vida en señales de antelación; los espejismos de la desgracia se imponen con tanta evidencia a la mente de los hombres, que en Bernardo de O'Higgins, al paso de este teniente joven de rostro pálido y cabellos oscuros que ahora acaba de desembocar en la calleja, al paso de José de San Martín, cuya amistad tan importante papel jugará en su vida futura, ni el más leve presentimiento, ni la más ligera premonición, ni el más leve estremecimiento de optimismo, se han hecho sentir para borrar la sonrisa triste, desalentada, casi blasfematoria, de aquel rostro, perdido ya en la sombra creciente del solitario de la bohardilla.

POR
José de España

Ilustración de
Pascual Güida

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks









EL MISTERIO DE LA CORONA









¿ESTÁN LOCOS LOS DOS?









BAJO EL ÁRBOL CHIPENDALE









La Máscara de Terciopelo

POR

R. L. de Dorfman

Ilustración de Trinas Fox

★

UNO de los enigmas históricos más sugestivos es el del "Hombre de la máscara de hierro". Sobre este tema fueron escritas numerosas novelas interesantes, dedicadas al triste destino de la víctima del odio del rey, del hombre infeliz que, por orden del rey Luis XIV, tuvo que pasar cuarenta y dos anos en dos prisiones francesas, con la cara siempre escondida detrás de una máscara de hierro.

Este hombre, siendo aun muy joven, fué recluído en la prisión de la isla Santa Margarita, en el Mediterráneo, en 1161. Después de haber permanecido allí por espacio de 29 años, fué trasladado a la Bastilla, de París. Nadie, con excepción de unos cuantos altos funcionarios del gobierno francés, sabía quién se escondía detrás de aquella máscara de hierro. Sólo una vez hizo el pobre hombre la tentativa de descubrir su identidad al mundo exterior. Raspó un mensaje sobre un plato y lo arrojó por la ventana. Pero la persona que lo levantó no sabía leer y lo devolvió al guardián de la prisión.

Hasta ahora todo el mundo se está devanando los sesos tratando de adivinar quién era aquel personaje. ¿Si era un hermano gemelo del "rey-Sol", pretendiente sobre el trono de Francia (según lo afirma Alejandro Dumas en una de sus novelas)? ¿O algún poeta-satírico que haya ofendido al vengativo Luis XIV con sus versos? ¿O el hombre que murió en Bastilla era el malogrado Muttioli, arrestado en Venecia y sometido a ese castigo por haber cometido algún crimen de alta traición, desconocido al mundo?

En todo caso, hasta la fecha nadie sabe y, seguramente, nunca se sabrá, quién era el "Hombre de la Máscara de Hierro" que, a pesar de eso (o, tal vez, precisamente debido a eso), goza de fama mundial.

Pero en la historia de la humanidad existe otro personaje romántico y enigmático. Me refiero a la baronesa María-Estela Ungern-Sternberg que, un siglo atrás, ha desempeñado un papel importante en la Corte de Rusia, siendo amiga del emperador Alejandro I y de la madre de la esposa de éste. El mundo sabe muy poco acerca de esta mujer, cuya vida, desde el momento de su nacimiento, está rodeada de misterio.

El 16 de abril de 1772, en un rincón apartado y pacífico de Italia, en la pequeña ciudad de Modillan, situada en los dominios del Gran Duque de Toscana, Vinchenza Delliogenti, legítima esposa del guardián de la prisión, Lorenzo Chiappinni, dió a luz una niña, bautizada luego con el nombre de María-Estela-Petronilla.

Estela resultó una verdadera "feliz estrella" para la familia del carcelero. Desde que nació esta criatura, sobre la casa de Lorenzo empezaron a llover toda clase de venturas: apareció el dinero en profusión y se encontraron protectores de alta alcurnia.

Entre éstos, en primer lugar, figuran los condes Borgi, que protegían mucho a los padres de la recién nacida.

Cuando María-Estela llegó a la edad de tres o cuatro años, el Gran Duque de Toscana, Leopoldo en persona, se interesó por la familia de Lorenzo Chiappinni. El monarca la trasladó a Florencia, donde dió al ex carcelero un puesto importante y bien remunerado en la policía, y muy a menudo le regalaba considerables sumas de dinero, sin ningún motivo evidente.

María-Estela, que se destacaba por su extraordinaria belleza y gran inteligencia, recibió una brillante educación que, en aquella época, estaba sólo al alcance de las niñas de las familias ricas y aristocráticas. La chica crecía rodeada de lujo y de atenciones especiales.

Cuando María-Estela tuvo once años de edad, sus padres empezaron a prepararla para la carrera artística, puesto que la chica, a parte de la hermosura, (un factor muy importante para el teatro) poseía también una bellísima voz.

Pero la muchacha no llegó a convertirse en una artista de la ópera, debido a la siguiente circunstancia, que cambió radicalmente el rumbo de su vida. Un aristócrata y millonario inglés, Lord Newborough, que viajaba por Italia, se enamoró de la niña, cuando ésta tenía trece años de edad, y se casó con ella, no obstante la diferencia de sus edades (el Lord tenía a la sazón cerca de 60 años).

Al cabo de veinte años Lady Newbourough, que en aquel entonces tenía 33 años, y había llegado al pleno desarrollo de su belleza, quedó viuda, heredando de su marido enormes capitales y relaciones muy importantes con la alta sociedad inglesa.

Entre los numerosos festejantes de la joven y hermosa viuda se destacó el barón Ungern-Sternberg, sumamente rico y, relativamente, joven. Era uno de los representantes más brillantes de la aristocracia rusa, que hacía una notable carrera diplomática. María-Estela no tardó en cambiar su título de Milady inglesa por el de baronesa rusa. Luego siguió a su segundo marido a su patria, Rusia.

Allí fué presentada a la Corte Imperial, donde supo ganar la simpatía de todos, gracias a su belleza, inteligencia y carácter alegre. Por espacio de unos cuantos años María-Estela reina en los salones de la alta sociedad de Petersburgo. De vez en cuando hacía viajes a Alemania, Italia, Francia e Inglaterra, siempre rodeada de numeroso séquito, y llevando una vida de lujo y suntuosidad. En estos viajes no siempre la acompañaba el marido.

No se sabe con qué fin efectuaba estos viajes la baronesa.

Corrían rumores que ella aprovechaba sus amplias vinculaciones y grandes riquezas para desempeñar el papel de importante agente diplomático, sirviendo de intermediario entre Londres y Petersburgo, en muchos casos complicados y de suma importancia.

Durante todos los años de su vida matrimonial con el Lord Newbourough, María-Estela no ha visto a su familia. Se limitaba sólo a enviar regularmente considerables sumas de dinero a sus padres y sus hermanos. Uno de éstos, Tomaso, gracias a los subsidios de María-Estela, recibió una esmerada educación y se recibió de abogado. Otro hermano de ella se trasladó al Africa del Sur, donde se radicó en el vasto territorio del Cabo de Buena Esperanza y no tardó en convertirse en un rico estanciero. El tercer hermano de la baronesa y la madre de ella, murieron, de modo que en Italia quedaron sólo su padre y su hermano, el abogado.

La baronesa empezó a sentir nostalgia por su bella patria donde había transcurrido su infancia. María-Estela compró en Toscana unas cuantas villas y un palacio. Por fin, cediendo a los ruegos de su anciano padre, se trasladó a Florencia, donde ocupaba un puesto destacado en la alta sociedad.

No obstante tener los títulos nobiliarios de Milady y baronesa y de mantener relaciones con las Cortes de Europa, María Estela veneraba mucho al viejo y sencillo Lorenzo Chiappinni, demostrándole un tierno amor filial. En sus memorias ella dice que todos sus minutos disponibles eran para su padre: almorzaba con él, lo invitaba a su palacio en los días de las grandes recepciones, a las que acudía toda la aristocracia de la ciudad, etc.

Pero la baronesa empezó a notar algo raro en la manera que la trataba su padre. El anciano no la llamaba por su nombre, sino "Milady", la trataba con sumo respeto, se negaba a sentarse en su presencia, hablando con ella como una persona de muy alto rango.

En cambio, el hermano de María-Estela, el abogado Tomaso, se portaba de un modo completamente distinto. La baronesa le confió el manejo de sus enormes bienes y capitales en Italia y el hombre, aprovechando la plena confianza de su hermana, la robaba de una manera descarada. Por fin María-Estela se dió cuenta de la conducta deshonesta del abogado y le quitó el título de apoderado, lo que le ocasionó muchos disgustos. El asunto originó muchos escándalos, en los que habían intervenido los tribunales.

En las memorias de María-Estela, referentes a esta época de su vida, se menciona que su padre muy a menudo le decía que ella era su benefactora, desde su nacimiento. Más de una vez parecía que el anciano tenía intención de hablarle acerca de un secreto. Empezaba por murmurar el nombre de los condes Borgi que "saben todo"; luego pronunciaba otro nombre, pero no lo hacía con claridad, sino de un modo ininteligible.

En diciembre de 1921 Lorenzo Chiappinni cayó gravemente enfermo y se murió.

Pasadas unas cuantas semanas después de su muerte, María-Estela, que se encontraba en Sienna, recibió por correo una carta que la emocionó en grado sumo, porque estaba escrita con puño y letra de Lorenzo Chiappinni y firmada con su nombre. Parecía que el muerto le había enviado el mensaje desde su tumba, con el fin de descubrir el secreto que, por espacio de muchos años, le oprimió el alma.

Aquella carta decía como sigue:

"María, el día que usted nació (su madre era una persona cuyo nombre no tengo el derecho de decirle), mi esposa dió a luz un hijo. La verdadera madre de usted, se dirigió a mí, por intermedio de personas de alta alcurnia, proponiéndome cambiar nuestras criaturas recién nacidas. Yo tenía que ahijarla a usted, entregándole a ella, para siempre, mi propio hijo, que, desde entonces, iba a conventirse en el hijo de aquella señora, cuyo nombre no puedo decirle. Por este cambio me ofrecían una gran recompensa. En aquel entonces yo era muy pobre. No pude resistir la tentación y acepté la propuesta. Usted fué bautizada como mi hija legítima, mientras que mi verdadero hijo desapareció para simpre, tanto para mí, como para su madre... Tal vez hemos cometido un crimen, María, privando a sus verdaderos padres de sus sagrados derechos sobre usted y privándola a usted de los derechos que le pertenecían, de acuerdo con la ley... Pero... ahora ya no se puede remediar nada. Lo único que me queda ahora es purgar amargamente mi pecado y pedirle a usted, María, perdón".

La carta no contenía más pormenores acerca del cambio de las criaturas. No había ningunos datos concretos que podrían ayudar a la baronesa a resolver este misterio.

La carta, que llegó a las manos de María-Estela después de la muerte del anciano Lorenzo, fué enviada por una persona de confianza del difunto, (que quedó desconocida para el mundo) y que, probablemente, tomó participación en los acontecimientos que se habían desarrollado en Modileana, en 1773.

Se pude suponer que dicha persona pertenecía a la familia de los Borgi, que vivía en Modileana en 1773, justo enfrente de la prisión en que trabajaba Chiappinni.

Con una energía inusitada, María-Estela empezó a hacer investigaciones, con el fin de descubrir el secreto de su nacimiento.

Pero... todo en vano. No obstante todos los esfuerzos, la baronesa logró encontrar sólo muy pocos indicios sobre el misterio que envolvía su procedencia. Lo único que pudo comprobar fué que en la primavera del año 1773, a la pequeña ciudad de Medileana llegaron de Francia unos misteriosos viajeros, por lo visto, pertenecientes a la clase aristocrática, que pararon en casa de los condes Borgi. Era una pareja que se dejaba pasar por un matrimonio, llamándose condes de Jouanville.

Al cabo de poco tiempo la pretendida condesa dió a luz una niña. El mismo día la esposa del carcelero Chiappini tuvo un hijo, varón. Por intermedio de los condes Borgi, se efectuó el cambio de niños recién nacidos: la hija de los "condes Jouanville" se convirtió en hija del guardián de la prisión, Lorenzo Chiappinni, y el hijo de éste se convirtió en hijo del aristocrático matrimonio francés.

Es curioso que en aquella época, en la pequeña población que sirvió de escenario para este hecho inusitado, corrían rumores acerca del cambio de las criaturas. Las habladurías llegaron al conocimiento de la policía, que llevó preso al conde Jouanville. Pero... cumpliendo la orden del Gran Duque de Toscana, lo dejaron en libertad, pidiéndole perdón. Con eso fueron abandonadas para siempre toda clase de investigaciones con respecto a este asunto.

Los documentos y las declaraciones de los testigos que logró conseguir María-Estela resultaron tan importantes que los tribunales de Modileana, a los que se dirigió aquella señora, tuvieron que pronunciar un veredicto que reconocía que Lady Newbourough, baronesa Ungern-Sternberg, bautizada con el nombre de María-Estela-Petronila, no era hija de los esposos Chiappinni, sino de los condes franceses de Jouanville.

Empero, con eso no llegó a aclararse el misterio, pues queda aun por resolver el problema: ¿quiénes eran aquellos condes de Jouanville? Resulta que en Francia no hay, ni nunca ha habido, condes de este apellido. Pero el título de los "condes Jouanville" es uno de los numerosos títulos que, desde los tiempos remotos, pertenecen a la familia de los Duques de Orleans. El famoso duque Luis Felipe de Orleans, que durante la gran revolución francesas fué apodado "Egalité", viajando de incógnito, muy a menudo se hacía llamar conde Luis Jouanville.

María-Estela logró comprobar que en el invierno de 1772-1773 y en la primera de 1773, el duque de Orleans y su esposa han efectuado un viaje, incógnito, que duró unos cuantos meses, y que han ido a Italia.

Dos años más tarde, los duques de Orleans volvieron a visitar Italia, haciéndose llamar condes de Jouanville.

Así, pues, existen pruebas indirectas de que María Estela era hija del duque Luis Felipe de Orleans, alias "Egalité", que, como es sabido, murió en la guillotina.

Y el hijo del carcelero, ahijado por los duques de Orleans, vivió bajo el nombre de duque de Orleans.

¿Cuál era el papel que desempeñó este pseudo duque de Orleans en la historia de Francia?

Muy importante, por cierto. En 1830 este ahijado de "Egalité" se ha convertido en rey de Francia y reinó hasta la revolución del 1848.

Hay otra circunstancia curioesa en todo este asunto embrollado. El cambio de criaturas en Modillana se efectuó el 16 de abril de 1773. La fe de nacimiento del rey Luis Felipe dice que él nació el 6 de octubre de 1773, es decir, seis meses después de la visita de los "condes de Jouanville" a Modillana.

El bautismo de cada príncipe siempre fué acompañado de una suntuosa ceremonia. Pero el bautismo de Luis Felipe se efectuó en secreto, sin ninguna clase de festejos. Los testigos no eran parientes encumbrados, miembros de la Casa Real, sino dos criados del Duque "Egalité" que, después del bautismo, desaparecieron sin dejar rastro.

El misterio que rodeaba el bautismo del príncipe llamó la atención de todos, despertando muchas habladurías. Corrían rumores que el niño que fué bautizado no era una criatura recién nacida, sino un chico de cinco o seis meses.

En Francia existen numerosas colecciones de retratos de los miembros de la familia de los duques de Orleans. Todos ellos tienen un tipo bien pronunciado. El rey Luis Felipe no se parece ni remotamente a ningún príncipe de la Casa de Orleans. En cambio los retratos de María Estela, baronesa Ungern-Sternberg, llaman la atención por su sorprendente parecido con "Egalité" y con todos los representantes de la familia de Orleans. Es notable la semejanza que tiene María Estela con la Duquesa de Orleans María Adelaida Luisa, esposa de "Egalité".

La baronesa siguió haciendo las investigaciones sobre este enigma hasta el año 1830. Luego publicó sus memorias en Francia. 80 años más tarde el conocido historiador francés, Boyé d'Agent reeditó estas memorias y continuó las investigaciones interrumpidas por María Estela, tratando de aclarar por completo el secreto de los Orleans.

Esta aclaración, por supuesto, no tiene ningún fin práctico. Los descendientes de María Estela, tanto los que llevan el apellido de Lord Newbourough, como los barones Ungern-Sternberg seguramente no piensan presentarse como pretendientes sobre el trono de Francia. Pero, indudablemente, sería interesante descubrir la verdad y resolver el enigma histórico que rodea la misteriosa persona, llamada María Estela Chiappinni-Newbourough-Ungern-Sternberg-Jouanville, y apodada, luego, "La máscara de terciopelo".

Este apodo le dió la prensa italiana (haciendo parangón con la famosa "Máscara de Hierro") cuando se ventilaba el proceso, iniciado por ella misma en los Tribunales de Modillana, en los años 20-30 del siglo XIX.

Felizmente a María Estela no le tocó la triste suerte del hombre que pasó toda la vida encarcelado, con la cara escondida detrás de una máscara de hierro. La así llamada "Máscara de Terciopelo" vivió hasta la edad madura, gozando de libertad y disfrutando de la vida alegre de la alta sociedad, y murió en los mediados del siglo XIX.



Bibliografía

ILDEFONSO PEREDA VALDES. — "Música y Acero". — Montevideo 1934.

"Música y acero", ¿hay tal libro? Pienso que sí, pero también que una infinita haraganería lo ha deshecho. El mismo título lo prueba. "Música y acero", escribió el autor, y rechazó el trabajo de permutar esas dos palabras y bautizarlo con sonido menos ingrato: Acero y música.

Hay en el libro numerosas canciones. Pereda olvida que lo son y tolera una sílaba de más que hace imposible el canto, y hasta la silenciosa lectura. Me limitaré, en gracia de la brevedad, a un ejemplo. Es la "canción No. 3" que figura en la página 35.

Para que la noche venga
a robarme mis tesoros,
he de cantar a los ángeles
la canción de mis mayores.

Para que la noche llegue
a la orilla de mi vida,
pasarán muchas mañanas
y morirán muchos días.

Para que el capitán pirata
arrebate mis tesoros,
he dado toda mi vida
a todas las luces claras.

Ocho líneas ha durado el octosílabo, entre asperezas. En la novena, el oído intima con la catástrofe. El orden se restablece después, aunque no del todo, pues una nueva distracción del autor omite la esperada asonancia.

La canción "A un músico ciego" es de las mejores del libro y aun del poeta (no únicamente por el tema, que es tan hermoso). La copio y es así:

Ciego que andas perdido en luces de lejanía,
no se ve el mar en tu mirada,
ni el reflejo del sol, ni la mañana
que es hermosa de luces y colores.
No pasan los árboles danzando
ni cruzadas de alas son tus iris:
ventanas que a la luz están cerradas.
¡Oh Joaquín, qué profunda es tu mirada,
tu mirada de música,
de acordes de colores,
de tus danzas tan finas y soñadas!

El libro es de una desdeñosa irregularidad: la obra de un poeta secundado por una pereza incesante, por una languidez astronómica.

Es capaz de imprimir un verso nulo:
de tus manos volarán palomas como ángeles

Y uno memorable después:
Estás al lado mío y me dictas la vida.

J. L. B.

Libros Recibidos

Emilio Gouiran.—*"El Alma de la Revolución Francesa"*. —(Exposición psicológica). Publicada por la Universidad de Córdoba.

Sacha Lopovkine.— *"Mundo"*. — (Versos). — Editorial "Letras".

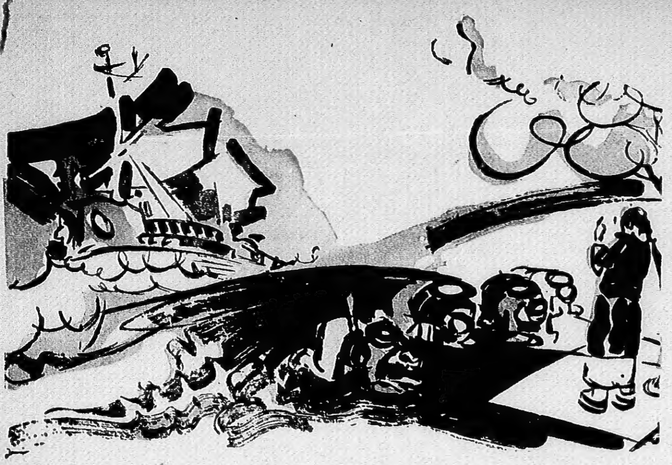
Ulla Cisne.—*"El Amor de las Muchachas"*.—Ediciones Voladeras de Luis Cane.— Buenos Aires 1934.

Alberto Larran de Vere.— *"Horeb"*. — (Versos). — Soc. de Publicaciones "El Inca".

"El Libro de los Negativos".—Bernardo Graiver.— (Hora). — Editotrial Anaconda, 1934.

"Madres".—(Drama en un acto).—Juan José Daltoé.— Buenos Aires 1934.





La Muerte de Hiuen - Tsang

POR

ULYSES PETIT DE MURAT

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

★

No creía en la muerte, ni en la vida, ni en la realidad. Se sentía liberado, de toda ilusión, esperanza o deseo.

Había seguido las huellas de Gautama Buda, minuciosamente, desde el lejano día del año 629, en que dirigiéndose al superior del convento de la Gran Inteligencia había dicho:

—Señor, he hecho el voto de partir para el Jambudvipa, la India de los santos y de los sabios, la tierra de los rosados duraznos y de los elefantes; he jurado visitar ese país, a fin de estudiar la Ley que los Budas han manifestado con esplendor hasta los confines del mundo, y venerar las reliquias y las imágenes. Dignaos favorecer el vo-



to de vuestro servidor y bendecir su viaje.

Treinta años tenía por aquella época el monje chino Hiuen-tsang. Era sencillo y modesto y tenía la complicada y lenta cortesía de todos los hombres de su raza.

En China la religión budista, aunque no era ya perseguida, distaba de estar bien organizada. Faltaban traducciones de muchos libros esenciales. El mundo oficial ya había producido el gran tipo de la decadencia, el producto de quién sabe cuántas olvidadas culturas, el mandarín sinuoso y refinado, conversador de leyes morales que no practicaba, natural enemigo de una creencia que hablaba de concluir con el mundo, como único medio de terminar con el dolor y la muerte.

El emperador, con pulcra palabra, se opuso al peligroso viaje de Hiuen-tsang. Pero el monje había jurado cumplir su voto. Quince años duró su peregrinaje, para el que había partido bajo el signo de la fe y la desobediencia. Cruzó el desierto de Gobi. Atravesó el Himalaya. Vadeó el Pamir, el Bramaputra y el Ganges. Vió millares de templos y ciudades y conventos y libros y rostros.

Le acechó la muerte por el agua, por el fuego, por la extenuación, por los hombres. Al cruzar el Sarayu, afluente del Ganges, fué aprisionado por unos piratas. Eran adoradores de la diosa Durga, esposa de Siva y cada año, hacia el otoño, le sacrificaban un hombre, a fin de que la sangrienta diosa les diera suerte propicia en sus tropelías.

Fué inútil la explicación que Hiuen-tsang les hizo de su alta vocación. El jefe de los piratas ordenó su sacrificio. Hiuen-tsang, entonces, les dijo serenamente:

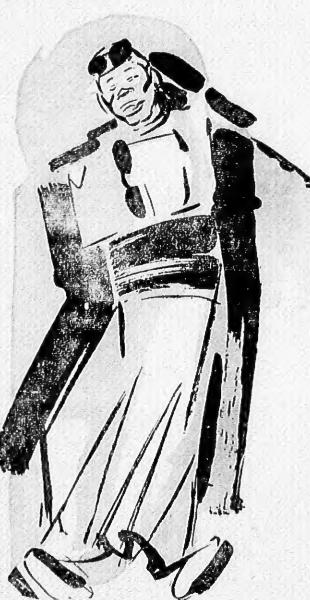
—Dejadme meditar, a fin de que yo entre en el Nirvana con un alma tranquila y jubilosa.

Tuvo visiones maravillosas. Estaba tan arrobado que no se dió cuenta de que un gran temporal se había levantado, volteando los árboles sobre la tierra y el barco de los piratas sobre el río.

Los piratas, aterrorizados por lo que les parecía un presagio de la cólera divina, libertaron al monje y devolvieron lo que habían robado. Hiuen-tsang, de vuelta de su éxtasis, habló con su mismo tono reposado de siempre acerca de la Ley y de las esperanzas y dulzuras de la Ley. La vecindad de la muerte no había arrojado la menor sombra sobre su rostro concentrado y puro.

No creía en la vida ni en el yo, ni en la realidad. Había escapado a las redes luminosas que Maya, la multiforme, teje a nuestro alrededor, en forma de una delicada variedad de criaturas y de cosas, a fin de que no podamos liberarnos de la exasperante ilusión del dolor y la muerte. Y era tal la fuerza de ésta, su creencia, que su rostro, no contaminado por el mundo, era puro y resplandeciente como el de un niño.

Al regresar a su patria, después de quince años de peregrinación, su fama era inmensa. Había recorrido veintiocho reinos. Ni la sed, ni el hambre, ni la gloria, ni la mujer le habían conmovido.



Reyes y emperadores le habían pedido que renunciara a la vida religiosa y se convirtiera en su consejero. Sin orgullo, pero con firmeza, dibujada sobre su rostro puro la sonrisa del fuerte, Hiuen-tsang, había rechazado, con palabra lenta y cortés, estos ofrecimientos.

Ansiaba la soledad, el silencio y la meditación. Había seguido las huellas de Gautama Buda con enternecida piedad filial. Traía los libros santos y un recuerdo alucinado del Arbol de la Sabiduría, debajo del cual el cuarto Buda había tenido la certeza de su vocación.

Se retiró al convento de la Flor de Jade. Lo rodeaban manuscritos sagrados, sauces, cipreses, acacias y un limpio arroyuelo. Trabajaba todo el día en la traducción del libro de la Perfecta Sabiduría. Sentía que, estando próximo a partir, el tiempo era precioso. Un día manifestó a sus discípulos:

—Siento que mis fuerzas me abandonan; los viajes, las fatigas y el frío glacial experimentado sobre las montañas de nieve han precipitado el fin de mis días. Cuando, después de mi muerte, ustedes me conduzcan a mi última morada, es necesario que ello sea hecho de una manera simple y modesta. Ustedes envolverán mi cuerpo en un un lienzo y lo depositarán en el seno de un valle, en un lugar calmo y solitario.

Hiuen-tsang tenía entonces 65 años. En el año 664, en la fecha que los textos señalan en la primera luna de la primavera, al atravesar un puente, el monje cayó, hiriéndose levemente una pierna.

Se comenzó a sentir muy débil. Según el precepto de la ordenación, no admitió ningún auxilio físico. Sus noches se poblaron de sueños extraños y maravillosos. Vió carros de fuego y frutas resplandecientes. Vió millares de hombres de estatura elevada, vestidos de seda bordada, llevando flores desconocidas, de una belleza extraordinaria. Soñó que los frutos le eran ofrecidos, a pesar de su humilde negativa. Los altos hombres le explicaron que eran los frutos de la Inteligencia superior. Hiuen-tsang, alegando que todavía no había alcanzado ese sublime rango, no los quería aceptar. Pero, en la duración infinita de su sueño, los frutos se le seguían ofreciendo. Al despertarse, Hiuen-tsang dijo:

—El momento de mi muerte se aproxima; ya mi espíritu se borra y parece abandonarme. Es necesario, con toda prontitud, distribuir en limosnas mis vestidos y cuanto tengo y recitar oraciones. ¡Oh, hermanos míos: decid adiós jubilosamente a este cuerpo impuro y despreciable que ha concluído su tarea y no merece subsistir más.

Y agregó:

—Cuando vuelva a descender sobre la tierra para recorrer otras existencias, ojalá que pueda, a cada nuevo nacimiento, cumplir con celo sin límite mis deberes hacia los Budas y llegar al fin a la Inteligencia absoluta.

Con la mano derecha sobre el mentón y la izquierda sobre el pecho y las piernas extendidas, sin tomar alimento alguno, Hiuen-tsang permaneció en cama, acostado sobre su lado derecho, hasta el día que los textos fijan como quinto de la segunda luna de la primavera.

Su respiración era pacífica. Durante la noche de ese quinto día memorable, un discípulo le preguntó:

—¿Habéis obtenido, oh venerable maestro, el nacer en el paraíso de Maytreya?

Una voz desfallecida y lejana, ajena a este mundo, contestó:

—Sí...

Antes de la paz perdurable, Hiuen-tsang abrió una vez más los ojos. Los fijó distraidamente en la fracción de universo que le rodeaba, como quien ha cesado de ver la aparencial variedad del mundo. En una dulce gradación su mirada se fué tornando ausente.

Alguien tocó sus piés: estaban fríos. Otra mano piadosa se acercó a su cabeza: estaba tibia, todavía.

Su rostro puro y concentrado tenía un tinte suave y juvenil. Sus facciones, de un lineamiento tranquilo y solemne, expresaban la felicidad.

Museo de la Confusión

por Animula Vágula

ILUSTRACION DE RODRIGUEZ

★

En el libro "Poemas de la víspera", edición Letras, de que es autor Carlos A. Barry, como final de la composición titulada "Cerca de Jaén", describe lo siguiente:

Cien años pasaron... y la dama (de popa
olvidada navega sin la tripulación.
Está delgada y pálida,
tan pálida,
que puede adormilarse en el es- (tuche
de cualquier pluma estilográfica.

El señor Carlos A. Barry me parece que ignora los usos, costumbres y color local de una pluma estilográfica. Si hay algo que caracteriza a la pluma-fuente y a la lapicera con tanque australiano no es... la palidez cadavérica, ni la fiebre amarilla, sino más bien la nigromancia, el luto riguroso y otras particularidades de que hacen gala los de la calaña del tío Tom.

El señor Raúl Oscar Díaz Castelli en su tomo "Perjurio", ofrece algunas perjudiciales composiciones que no desmerecen la unidad y valor general de la obra. El poema "La farsa de Momo" que es uno de los más violentos, comienza así:

Sacudiendo la modorra de su (sueño
despierta Momo a su habitual (algarabía!...

Impresionado por este principio sacudí la momorra de mi sueño y me interné decididamente en el texto original. Después de salvar algunos gritos estridentes, tintineos de alegres campanilla, ciertas voluptuosas serpentinas y una caravana compuesta de pierrettes, colombinas y un sinnúmero de máscaras grotescas, llegué milagrosamente hasta las líneas que siguen:

Y cuando vuelva Momo a su ha- (bitual descanso
Y vuelvan a reinar horas tran- (quilas...

No hay duda que este Momo es un farsante. Primero nos habla de su habitual algarabía para luego con todo desparpajo declararse un habitué de la catalepsia, la mosca Tse-Tse y las conferencias de Carlos Ibarguren. Lo peor de todo es que después de tanta farsa uno no sabe si el habitual descanso consiste en ir disparado de Zomo al lago di Como, armado de un pómulo en compañía de Mómulo y Memo o si la habitual algarabía estriba en habitar un Duomo rodeado de cromo con una cruz en el lomo mientras vuela el perjurio de Juan de Cajonía. En otro poema, Elegía, al parecer con bastante mal gusto, expresa el habitual poeta:

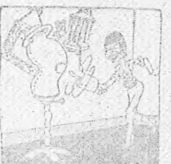
Y en mis vanas esperanzas de (acercarme hacia lo eterno,
fuí volando tras mis alas de ro- (mánticas visiones.

Unicas formas que pueden adquirir las esperanzas de las personas que se deslizan detrás de una bicicleta, adelante de los bot... góndola, a la derecha ... milla, a la izquierda del camello, a dos verstas de la muleta o a cuatro leguas del plinto y a cinco del carro viejo. En otro poema cuyo título "Mucho has de llorar" está lleno de augurios que se cumplen, musita el muso cursiforme:

Y al marchar por la vera del ca- (mino
que sólo espinas a tu paso brin- (dará,

Peligro que encierra el no utilizar los caminos como corresponde y dedicarse a orillar el sendero, avanzar por el talud o merodear por el cordón de la vereda, malversando avenidas, usurpando selvas vírgenes y arruinando el turismo con viajes calamitosos que comienzan en un cactus y terminan a campo traviesa en tierras de promisión.

★



En la revista Para Ti, correspondiente al 23 de enero, en la sección crónica Epistolario Sentimental, que capitanea una tal Marisa, hallé lo que sigue:

Nunca más. — Ahora estás tocando, hija mía, los inconvenientes de una primera concesión por pequeña que sea. Los hombres son así: se les da el pie, y pretenden tomar la mano. Pero no te aflijas, porque al fin y al cabo nada malo hiciste y no tienes motivo para reprocharte lo más mínimo. Lo que debes hacer es tratar de convencerlo de que sea razonable y, si realmente te quiere, procurará no disgustarte.

No acepto en ninguna forma las afirmaciones y consejos efectuados por la epistolaria. Si el hecho que se critica se ha llevado a efecto en un lugar público, en una visita de pésame o ...presentación, ...ecta la actitud masculina al negarse a saludar, estrechando los tobillos de las doncellas, de la viuda inconsolable o de la entenada. Sobre la afirmación de que los hombres proceden siempre así, es decir, que al serles ofrecida una pantorrilla se dedican al estudio de falangina y falangeta, que desdeñan la rodilla por el codo y se deciden por el omóplato evitando el fémur, me parece demasiado pesimista. Que la señorita Marisa se dé una vueltita por el bajo Belgrano, Puente Alsina o el Cine Londres ofreciendo el pie y se dará cuenta que los circunvecinos tratarán de ser razonables y procurarán no disgustarla.

En cierta "encaretada" revista del 30 de diciembre, universalizando a Juan Pablo Echagüe, encontré lo que continúa:

Un hombre como "Jean Paul", que ha tenido la fortuna de conocer en la niñez a Sarmiento, que ha presenciado el amanecer de nuestro teatro, frecuentado el trato de las más notables figuras de la escena, cultivado la amistad de toda una generación de verdad, un escritor de la pulcritud y la rectitud de Echagüe, debe escribir sus memorias anecdóticas.

Es indudable que una persona como Wampole Echagüe, que ha dado el biberón a Sesostris, que ha conocido a Muscio Scévola en la lactancia, que ha practicado orgías con Empédocles, falsificado billetes de lotería con el falso Smerdis, que ha frecuentado el trato de carteleras, affiches y tricromías representando a Aristófanes, Sófocles y Pacuvio, que ha presenciado en fin el amanecer de nuestro teatro como único espectador, teniendo que ser retirado por la fuerza pública, de un palco avant-sceno, 6 horas después de haber terminado la función, debe escribir sus memorias anecdóticas.

De la novela de J. S. Fletcher, "Las Joyas de la Princesa", publicada en "El Suplemento":

—Una francesa — dijo Celia. — de unos veintiséis años de edad. Alta, esbelta, pero no delgada; de muy buena figura, pelo negro y abundante y ojos negros también, y penetrantes, de color claro.

Hay que embromarse con el mimetismo de las francesas, el mimeógrafo de Juana de Arco, el blanco del ojo y las sorpresas del claro oscuro.

Opiniones de un Ingenuo

Escribir así, en cápsulas, es la manera más discreta de afirmar que no se tiene nada que decir. Lo que ya es mucho decir: otros para menos nos sacuden con un folletín de ensayos dominicales.

★

El ejercicio de la caridad y el culto al arte —aliando en numerosas ocasiones estos dos extremos— hacen una envidiable popularidad a cualquier buena señora.

★

Comprensión humana: decía aquel que perdía el cabello abundantemente: "estoy observando que cada día existen más calvos".

★

Anatole France corregía seis veces las pruebas de sus obras y encargaba a un amigo de confianza la séptima corrección. ¡Así cualquier plagio se disimula!

★

Suponen los franceses que el tango argentino es una danza trágica. ¡Si supieran ellos cuánto nos divertimos bailando esa danza!

★

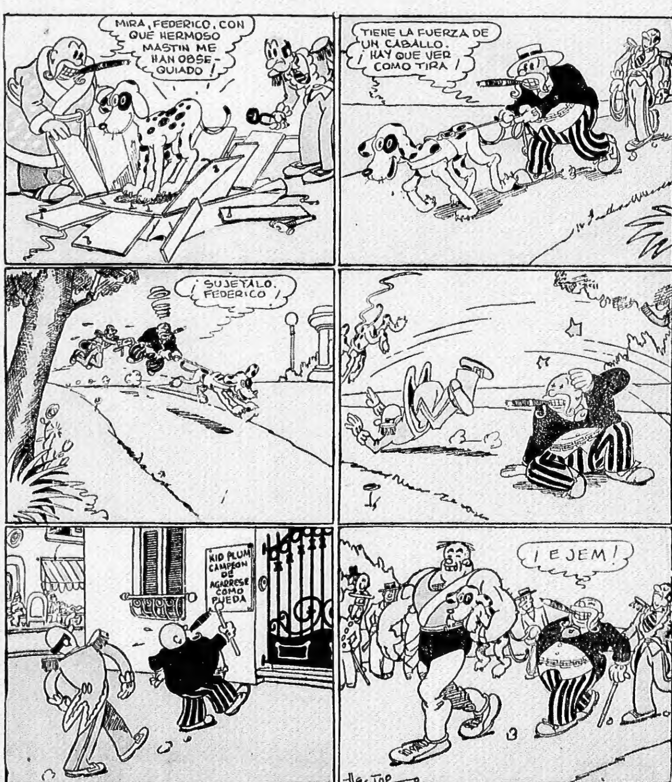
Joan Crawford se porta como si fuera una gran actriz.

★

Un productor de películas, cuando se resigna a filmar una obra famosa, anuncia que el argumento necesita un arreglo. El primer paso "del arreglo", según los productores "yankees" de películas, es buscar un nuevo título a la obra escogida y, una pequeña modificación —por imposición cinematográfica— del argumento. Así, la obra original queda completamente inconocible... —tal vez sea eso una ventaja—. Luego el director se encarga de seleccionar a las tres figuras principales: la mujer buena, la mujer mala y el marido de aquélla, aunque ninguno de ellos haya aparecido en la obra original.

Oscar José Canale

El Nuevo Rico ★ por H. Rodríguez





El Hotelero Ateo y la Virgen

Por S. NAON

ILUSTRACION DE SORAZABAL

IR al Paraguay y no conocer Caacupé y su Virgen, es lo mismo que no conocer el Paraguay.

Desde el día siguiente a mi llegada a Asunción, sobre todo las mujeres, insistían en que debía ir a visitar en actitud peregrinante el Santuario de la Virgen, como única solución a mis dolores reumáticos.

EL VIAJE

Tomamos el tren rumbo a Ipacaraí. Una muchedumbre abigarrada se apretujaba en la estación. El color popular y el "chic" aristocrático a empellones se disputaban los sitios cómodos. La estación estaba plena de sabrosos olores a "chipá" y dulce de guayaba. A codazos y empujones llegamos al vagón. Haciendo gala de nuestra educación, separamos a una madre de su hija y nos colamos por en medio, entre las protestas de ambas matizadas por algunas frases en guarany. Mario A. había sido soldado durante la guerra europea y en este sentido tenía una experiencia ilimitada. Gracias a él, ocupamos un asiento cómodo frente a una chica casi simpática y su madre. Eran promeseras y, según nos explicaron, su promesa consistía en ir a pie desde Ipacaraí hasta el santuario de la Virgen Milagrosa, unos veinte kilómetros más o menos, y según yo infiero... estrenar un par de zapatos.

Hacía un calor sofocante.

Una nube de mosquitos "promeseros" nos acompañaba. Nuestra vecinita de enfrente nos miraba con ojos desconsolados. La madre le decía no sé que cosas en guarany. Comprendí que la chica insistía y doblé la vista. Por fin la madre hizo un gesto de resignación y la chica con un gesto de triunfo se quitó los zapatos...

Llegamos a Ipacaraí. Por ser la forma más expeditiva, nos deslizamos por la ventanilla.

La muchedumbre se lanzó esta vez sobre esqueléticos camiones que aguardaban famélicos. Los gritos de los conductores que se disputaban la presa nos indicaron el rumbo que debíamos tomar. Uno de ellos, típico "paí-polí", nos hizo el elogio de su vehículo: "Camión, caraí, che patrón — y al notar nuestro aspecto extranjero, agregó — ¿Quiere tomar la mi camión? Te aseguro que es la más cómodo". Aceptamos. Tras nuestro vino la avalancha que nos apretujó contra el conductor. Todos reían, hablaban, pero en guarany. Dos o tres veces quisimos iniciar un diálogo que moría a las pocas palabras. El paraguayo del pueblo sólo usa el castellano para los actos solemnes, por eso los extranjeros tenemos cierto aire de solemnidad ante ellos.

Llegamos, después de muchos tumbos, a Caacupé. Una muchedumbre abigarrada nos salió al encuentro como en un día de fiesta o una congregación de público en un stadium de football, en un día de internacionales. Caacupé vivía un momento de desborde. Con una capacidad corriente de 1500 habitantes, albergaba en ese día cerca de cien mil.

LA PEREGRINACION

El que no haya visto a los promesantes de la Virgen de Caacupé, puede estar seguro que desconoce una de las costumbres más típicas e interesantes del pueblo paraguayo. Pueblo infantil hasta en sus creencias, convierte en promesas las cosas más exóticas: El trasporte de una piedra enorme sobre la cabeza y llegar agobiado hasta el santuario de la Virgen; el recorrer una larga distancia a pie o de rodillas, el rezar una oración sin interrumpirse durante un largo trayecto en carreta, o el venir desde una gran distancia en suprema unción con los brazos en cruz, o cualquier otro exotismo, son promesas que se cumplen fielmente, con una devoción casi increíble.

La presencia de la Virgen los llena de una tribulación inmensa y muchos hay, que yendo todos los años a la peregrinación, no han osado nunca levantar sus ojos de pecadores hacia ella.

Una semana antes de la fecha indicada (8 de noviembre), ya se han agotado completamente todas las localidades de los hoteles o sitios habitables.

Los peregrinos se amontonan en las plazas, en las calles, en las veredas. Se duerme al descubierto bajo los rayos ardientes del sol o bajo la lluvia. Es una manifestación que ha hecho un alto en su camino para rendir un homenaje a la Virgen.

Las joyas más caras, y las confituras de humilde olor hogareño, se confunden en su deseo de ofrenda. Las velas se amontonan unas sobre otras formando pilas inmensas... que aprovecha el sacristán, a efectos de hacer lugar a las nuevas postulantes, para sacarlas por la puerta del fondo y previa santificación, venderlas en pequeños trozos a precios nada económicos.

★

Mario A. y yo, habiendo llegado la víspera de la peregrinación, tuvimos que quedarnos en vela toda la noche, después de haber logrado a costas de grandes sacrificios e ingenio un sillón para cada uno.

El hotelero había cedido, en un acto de desprendimiento, su propia cama a un adinerado estanciero que ofreció varias vacas a la Virgen y quizá, alguna al mismo hotelero.

EL MILAGRO

En Caacupé circulan varias leyendas sobre el milagro inicial de la Virgen. Dos frailecitos y diez fieles nos han contado otras tantas leyendas distintas sobre el origen de la devoción. El dueño del hotel en que pasamos la noche en vela, se nos ofreció como compañero y entre mate y mate nos contó lo que luego transcribo, versión que reproduzco por lo original y, porque ante la duda, no pudiendo alumbrarnos ni Dios ni la Virgen ¿quién mejor puede explicar un milagro, que el que vive de él?

★

Juliano Pérez Doldán, era el hombre más anticlerical que existía en todo Caacupé y sus alrededores. Dueño de una cuantiosa fortuna, había destinado gran parte de sus rentas a la lucha antirreligiosa, pues decía que para él, la religión era la madre espiritual del pecado. No encontraba otro objetivo a la Iglesia, sino el de perdonar pecados, para que las almas puras, llenas de unción devota, quisieran cometerlas nuevamente, y sentir el dulce placer que produce el perdón de Dios.

Su gran amigo el reverendo padre Nicolás, estaba empeñado en convencerlo de su error. Contrastaba su figura enclenque y miserable con las ampulosas espaldas de Juliano y su aire marcial de Capitán de Caballería, que había actuado en varias de las tantas revoluciones que se sucedían por aquellos tiempos de gloria y de coraje.

Mientras el frailecito hablaba con voz insinuante, suave y melosa, Juliano gritaba con su enorme vozarrón de bajo y se ponía rojo de ira al tener que pronunciar la palabra Dios. Sus discusiones eran el principal atractivo de las aburridas tertulias de Caacupé, pueblo perdido entre las campiñas del Paraguay, cuyo único atractivo era su rumoroso arroyo y su clima agradable pero que sólo era visitado por gente extraña, cuando se iba a reclutar a los campesinos para una revolución, ya sea para defender al gobierno o para derrocarlo. Los pacíficos ciudadanos tomaban las armas y se mataban con la misma valentía sea por unos sea por los otros. Su heroísmo no cabía en una bandera.

Estos dos hombres tan distintos tenían algo que los unía: sus grescas.

El pueblo de Caacupé pasaba por una gran crisis. Los contertulios del Club, después de lamentar la mala cosecha resolvieron elevar al ministro, un memorial, para que hiciese transitables los caminos, pues creían que su pueblo podía llegar a ser un gran punto de veraneo. Por otra parte, los rumores de una próxima revolución hacía que se desvalorizasen sus productos, por la dificultad del trasporte y el miedo de caer en manos de los ejércitos en alguna "picada". Al mismo tiempo, los campesinos, pensando desde ya en la holganza del campo de combate, no empuñaban la hoz.

La holganza de los campesinos, la depreciación del valor adquisitivo de la moneda, gravitaban en una forma decisiva sobre Caacupé. Hacía falta un milagro para salvar a la población. Hacía falta que Dios mismo tomase cartas en el asunto para resolver sus graves problemas. Ellos tan creyentes no podían ser olvidados por el Sumo Hacedor. Cuando las preces elevadas no dieron resultado, todos se dirigieron hacia el "paí" Nicolás (1), pues, él como ministro del Señor, debía hacer el milagro.

El reverendo padre Nicolás no salía de su asombro. Creyente sincero, no concebía que se le pudiese exigir un milagro. Hacía un análisis de su vida y de las cosas que había pedido a su Dios y siempre se las había concedido ¿pero qué eran ellas? Nada materializado, nada que se pudiese sintetizar. Dios es enemigo de las cosas materiales. ¡Sin embargo le había concedido tantas cosas!... El vivía aún. ¿No era una gracia del Señor? Los fieles acudían a la iglesia. ¿No era una gracia del Señor?

Por más que pedía en este caso el milagro, no para él, sino para sus fieles, el milagro no llegaba. Fray Nicolás creía que su pueblo había sido olvidado por la mano de Dios, por eso mismo que exigía el milagro. Entonces a efectos de conservar los fieles en el rebaño del Señor, decidió crearlo, sabiendo que el día del juicio final sería perdonado dado el alto objetivo que persiguiera con ello.

Juliano había abandonado las tertulias del Club. Se pasaba los días solitario en su gran caserón sobre la costa del arroyo. Su fortuna iba desapareciendo poco a poco. Había querido hipotecar su casa, pero nadie tenía interés en ella. Juliano, con justa razón había caído en un mutismo absoluto. Alguien había insinuado, que el milagro no se producía por causa de su irreligiosidad. Ya había oído algunas conversaciones, que aunque veladas sugerían la idea de inmolarlo en aras del bien colectivo.

Cuando esas voces subieron de tono y se fué con una petición concreta al "paí" Nicolás, éste, asustado, corrió a casa de su amigo. Estuvieron largo rato meditando. La violencia sería inútil. ¿Y qué otra solución?

Fray Nicolás habló.

—Hermano Juliano "che co nda robiá beima abeí" (2) — comenzó insinuante en guarany y continuó luego en castellano —. A mí también me molesta el empecinamiento de buscar el milagro. Siempre he creído en él, aun cuando nunca lo hubiera visto. El hecho de buscarlo, de esperarlo a un plazo fijo, ha quebrantado mi fe. Pero el interés de mis fieles al servicio del Señor, está por encima de mi misma convicción, la creencia divina. El milagro es el punto de conexión del poder divino con el poder real. Pero si el milagro no llega para mantener a la triste materia en unción a lo Divino... es necesario crearlo.

Juliano rompió en una violenta carcajada y preguntó: —¿Y la fe?

—La Fe no se resiste a eso, contestó el reverendo Nicolás. Mi fe, me absuelve del pecado en pro del fin que persigue. Los misterios han sido creados para aquellos que tienen necesidad de ellos para elevarse. Las convicciones superiores dan fuerza para pasar por esas pequeñas cosas.

Dudó un momento y agregó: Mi especial amistad hacia usted se debe al hecho de haberlo creído un hombre superior...

Juliano interrumpió: ¿De manera que me busca como aliado? ¿No encarnaba yo las ideas del Diablo?

—¿Y cuándo el Diablo no fué aliado de Dios? —insinuó el fraile —. El temor a él, ha creado el deseo del bien divino.

—Así es — exclamó blandamente Juliano.

Y Fray Nicolás planteó la necesidad del milagro en estos términos: Probablemente ningún lugar de la República tenga un clima tan bueno como este de nuestro querido pueblo. Tenemos este arroyo de aguas puras y limpias, en las que las alimañas no anidan, por su rápido curso. Además, estos montes plenos de vegetación, viven olvidados en su belleza primitiva, sin despertar la admiración de los poetas, acostumbrados a ver la belleza que se les pone frente a las narices.

¡Cuántas estrofas viven vírgenes en cada uno de sus arbustos! Pero nuestro pueblo carece de curiosidad. Los hombres nunca van a lo agradable por esa sola condición, sino por algún motivo. ¡Y nosotros debemos crear ese motivo!...

—Bueno, bueno — interrumpió don Julián — ¿y el motivo?

—Usted podría darlo.

—¿Yo? — exclamó don Julián no saliendo de su asombro.

—Sí, usted — afirmó el reverendo Nicolás, con más fuerza y convicción. Usted está al borde de la ruina. Usted, que no cree, puede hacer el milagro: usted debe ver a la Virgen...

★

Poco tiempo después, gran cantidad de almas piadosas concurrían a Caacupé. Una Virgencita tallada en madera en forma primitiva y económica hacía el milagro.

Caacupé se convirtió en el balneario de moda y la casa de don Juliano Pérez Doldán en el mejor Hotel. El pueblo lo veneraba...

★

Don Juliano no se quejaba de la estratagema del reverendo Nicolás. Le había hecho recobrar su fortuna y hasta duplicarla. Y... hasta a veces creía que era cierto lo de haber visto a la Virgen... Pero lo único de lo que se quejaba, era de un dolorcito reumático que le producían los frecuentes éxtasis en que debía sumirse, para seguir acreditando el valor de la Virgen... y de su hotel.

(1) "Paí", diminutivo de padre, sólo usado para miembros de la Iglesia.

(2) Yo también he perdido la fe en cierto modo, o mejor dicho, yo tampoco ya no creo en nada.

Incursión en la Noche de los Tiempos

UN manuscrito —el Troano— que se encuentra actualmente en el British Museum, de Londres, ha permitido reconstruir en parte la tradición de la Atlántida y civilizaciones anteriores. Este manscrito, cuya traducción ha logrado el profesor Le Plongeon, se considera escrito por los Mayas del Yucatán y cuenta que en el año 6 del Kan —que puede situarse en una época lejana en 7 u 8.000 años— en el mes de "zac" se produjeron terribles temblores de tierra que duraron meses. El país de "Mu" desapareció súbitamente en la noche. El suelo se hundía y se levantaba bajo la enorme presión de las fuerzas volcánicas. Comarcas enteras se disgregaron y no pudiendo resistir tales convulsiones, se hundieron definitivamente llevando en su caída 64 millones de habitantes.

Este cataclismo, es la catástrofe final de Poseidonis, último pedazo de la legendaria Atlántida. Pero la agonía de este continente era de larga data. Hace 8.000 años, la Atlántida estaba en el esplendor de su civilización y en posesión de una ciencia colosal. A guiarse sin embargo por las numerosas tradiciones, esta ciencia le fué heredada de otro pueblo, la Lemuria, de la cual la Oceanía actual se supone son las cumbres de sus montañas.

La antigua Atlántida comprendía desde las costas orientales del Africa hasta Islandia, a más de toda la América. Que esta civilización fué de primer orden, lo muestran los restos de los monumentos mejicanos y peruanos, cuya mayor parte, desgraciadamente, hicieron desaparecer los conquistadores españoles. Hay que decir, que los Atlantes y los Lemurianos, eran de raza roja y que la raza blanca, cuya cuna se supone sea la Borealia, no había salido aún de su comarca.

Los Atlantes establecieron varias corrientes emigratorias hacia Europa, pero durante un tiempo fueron dominados y luego aniquilados por la raza negra, que reinó sobre el mundo entero, el Africa, el Asia y la Europa meridional. De esa raza dominadora —y que ahora, por una ironía de la suerte, aún no se ha repuesto de su larga esclavitud— son los negros abisinios y los nubianos los últimos representantes.

Mientras tanto, en la Borealia —cuna como hemos dicho, de la raza blanca— como la población se había acrecentado en una gran proporción, recurrieron a las emigraciones para lograr su expansión. La raza blanca, estaba sin embargo, en ese entonces, en estado salvaje, pero era fuerte y protegida por un clima suave.

Es necesario aclarar que la Borealia era un continente septentrional, pero otro gran cataclismo, sobre cuya causa corren varias teorías, produjo una sacudida tan profunda que logró cambiar la posición de la tierra en el espacio, viniendo el polo a quedar en la Borealia. Algunos estudiosos achacan este cambio del eje de la tierra —para muchos innegable— al desprendimiento de una enorme masa de la tierra —actualmente cubierto ese espacio por los mares— que se convirtió luego en nuestro satélite la Luna.

Estas corrientes emigratorias de la raza blanca, se dirigieron hacia el sud, a través de los inmensos bosques de Rossland (tierra de caballos o Rusia), de las Tierras Superiores (Pollan, Polonia), después las Tierras Altas (Teuts-land, Alemania) limitada por D'ahn-mark (Límite de las Almas) y por las Tierras Bajas u Holl-land. Mas allí los blancos tropezaron con los negros, por quienes fueron en un principio vencidos.

El ilustre Fabre d'Olivet, en su "Historia filosófica del género humano" nos enseña que, después de largos siglos de luchas cruentas, los blancos aprendieron a servirse de las armas de los negros y lograron vencerlos expulsándolos primero de Europa y relegándolos hacia el sud, en Africa.

Ya en seguridad, la raza blanca se puso al trabajo. Estableció contacto con las colonias atlantes libradas de la esclavitud negra y asimiló su ciencia, formándose entre los blancos la institución conocida más tarde por el Druidismo.

Como ocurre hasta ahora, hubo disensiones entre los blancos que aprovecharon los negros o el Imperio del Dragón para tomar la revancha, pero los druidas impusieron la unión de todos los blancos y la raza negra fué definitivamente vencida.



CARLOS VELARDE

ILUSTRACION DE GÜIDA

Este triunfo de los druidas los perdió, pues su orgullo los llevó a erigirse en dictadores de la raza y esta dominación sólo podía hacerse por el terror. Así nacieron los sacrificios humanos que sumieron a la raza en el envilecimiento y relajaron sus caracteres. A más, la lepra, terrible recuerdo de sus luchas con los negros, diezmaba las poblaciones y amenazaba aniquilar la raza. Entonces apareció Ram, quien merece el título de iniciador de la raza blanca.

Ram, joven druida muy estudioso y gran conocedor de las plantas y sus virtudes, tuvo un día un sueño: se le apareció el genio de la raza revelándole el secreto para la enfermedad terrible. Un muérdago del roble, preparado en cierta forma, era la salvación.

El medicamento dió el resultado apetecido y Ram fué elegido jefe de los sacerdotes de su pueblo, lo cual motivó el furor de los druideses, que se veían así despojados de su poder, pues el primer acto de Ram fué prohibir los sacrificios humanos. La raza se dividió entonces en dos ramas: los partidarios de Ram y los fieles de los Druideses. Para evitar una guerra fratricida, Ram y sus partidarios emigraron y 8.000 años antes de nuestra era atravesó la Europa —más en carácter de conquistador que de exilado—, pues su ciencia, su entusiasmo y su suavidad le atraían multitudes enteras.

Atravesado el Cáucaso —de donde se creía originariamente que procedía la raza blanca— Ram, en el límite con Asia, empezó a fundar el Imperio del Carnero (I-Ram, Irán). Ram siguió su marcha triunfal luego de haber formado grandes ejércitos, para desalojar a los negros de sus últimos reductos. Estos guerreros fueron enviados en distintas direcciones, hacia Egipto, hacia Salem, capital de las Amazonas, que vencieron. Amazonas, de Ha-mas-ohne, significa "pueblo sin hombres" y sólo es por error, que se les llamó "mujeres sin pechos".

La conquista de la India por Ram, es una epopeya de nuestra raza, que fué escrita hace miles de años por el poeta Valmiki. Es el poema conocido en la actualidad por el Ramayana, o carrera de Ram.

Ram, a su muerte, dejó imperecedero su nombre, ligado a su pura doctrina. Es el Rama de los hindúes, el Lama del Tibet, Fo para la raza china, Pa para el Japón, etc. Ab-Ram (Abraham) era de la raza de Ram; Ram-Sés era honrado en Egipto por los faraones. Multitud de ciudades antiguas, en la Palestina, se llamaban Rama. La fiesta de la justicia, entre los árabes, es el Ramadán.

Para los iniciados, toda la historia de Ram está comprendida en los signos del Zodíaco, habiéndola contado ya a grandes rasgos, es ocioso repetirla.

Desde entonces, han pasado muchos siglos, todos ellos cargados de historia y ricos en grandes acontecimientos. En otro artículo veremos cómo las doctrinas religiosas propagadas por Ram, dieron nacimiento a varias religiones y cómo en ellas se esconden, incluso el cristianismo, a la misma raíz.

El Derrumbe de los Turcos

(Heroicos hechos de la rebelión de los árabes en 1917, referidos por el coronel Lawrence).

POR

T. E. LAWRENCE

ILUSTRACION DE ROJAS

LOS árabes nos dijeron que la columna turca —el regimiento de lanceros de Yemal Bajá— ya estaba entrando en Tafas. Al avistarla, encontramos que había tomado la aldea (de donde retumbaba alguna descarga) y estaban acampados en la otra punta. Penachitos de humo ascendían entre las casas.

Vigilamos hasta que las fuerzas enemigas dejaron su lugar de concentración. Se dirigieron en buen orden a Miskin, con los lanceros en el frente y la retaguardia, la infantería, en columnas flanqueadas por ametralladoras, la artillería y el bagaje en el centro. Abrimos fuego sobre la cabeza de su columna cuando ésta se mostró detrás de las casas. Con dos cañones de campaña nos respondieron. Como ya otras veces, el shrapnel pasó inofensivamente sobre nosotros.

Nuri llegó con el comandnte Pisani. Delante de las filas se apuraba a caballo Talal, jeque de aquella tierra, casi enloquecido por las historias que le prodigaba su gente sobre las penas de la aldea. Ahora, los últimos turcos lo dejaban.





La aldea estaba demasiado tranquila, debajo de sus penachos lentos de humo blanco. Algunos montones grises parecían ocultarse en el pasto largo, abrazando la tierra con ese modo apretado de los cadáveres. Miramos a otro lado, sabiendo que estaban muertos; pero de uno salió tambaleando una figurita, como para huir de nosotros. Era una criatura que tendría tres o cuatro años, con la sucia camisa manchada de punzó sobre un hombre y un costado y sangre que brotaba de una extensa herida medio fibrosa, quizá un lanzazo, justo donde empezaba el cuello.

La criatura corrió unos pasos, luego se paró y nos gritó con fuerza extraordinaria (todo lo demás estaba muy silencioso). "No me pegues, Baba". Abd el Aziz, balbuciendo algo —esa era su aldea, y la criatura podía ser de su sangre— se tiró del camello y tropezando se arrodilló en el pasto, a su lado. Su brusquedad la atemorizó, porque alzó los brazos y trató de gritar, pero en vez se desplomó en el suelo, mientras la sangre le encendía de nuevo la ropa; entonces, creo, se murió.

Bordeamos otros muertos y muertas y cuatro criaturas más, que parecían muy cansadas a la luz del día. Marchamos hacia la aldea, cuya soledad ya sabíamos que significaba muerte y horror. En los arrabales había paredes bajas de barro, corrales para ovejas, y en uno algo colorado y blanco. Me fijé y vi el cuerpo de una mujer doblada, con las asentaderas en alto, sujetada por una bayoneta, cuyo mango se perfilaba horriblemente en el aire, entre las piernas desnudas. Alrededor yacían otras, quizá unas veinte, variadamente muertas.

Mi segundo jefe prorrumpió en carcajadas insensatas, que lo parecían aun más en el sol caliente y el aire claro de aquel atardecer. Yo les dije a mis árabes: "El mejor de ustedes es el que me mata más turcos" y emprendimos la persecución, matando los caídos por el camino y los que imploraban nuestra piedad. Un turco herido, a medio desvestir, incapaz de tenerse en pie, se sentó y nos lloró. Abdula desvió la cabeza de su camello, pero mi segundo jefe, con malas palabras, le encajó tres balazos de revólver en el pecho desnudo. La sangre brotaba con las pulsaciones, latido, latido, latido, cada vez más despacio.

Talal había visto lo que vimos. Gimió una vez como un animal que está herido; luego se dirigió a lo alto de la barranca y se estuvo un rato sobre su yegua, mirando con fijeza a los turcos y tiritando. Yo quise hablarle, pero Auda me tiró de la rienda. Con una prodigiosa lentitud se ajustó el albornoz, y luego pareció resolverse, pues espoleó los flancos de la yegua y galopó como quien se va a despeñar, agachado en la silla y hamacándose hacia el grueso del enemigo.

Era un largo trecho por un declive suave y un valle. Nosotros estábamos como de piedra, mientras él se precipitaba. El redoble de los cascos retumbaba muy fuerte en nuestros oídos, porque ya no tirábamos y se habían detenido los turcos. Ambos ejércitos lo esperaban, y él se hamacó en la tarde aquietada hasta dos o tres cuerpos del enemigo. Se irguió en la silla y gritó su grito de guerra "Talal, Talal", dos veces, en un alarido tremendo. Inmediatamente los rifles y las ametralladoras resonaron, y él y la yegua, bien acribillados por las balas, cayeron muertos entre las cabezas de lanza.

Auda estaba frío y severo. "Que Dios le de merced; cobraremos su precio". Sacudió la rienda y siguió lentamente hacia el enemigo. Juntamos los aldeanos, ebrios ya de miedo y de sangre, y los arrojamos contra los turcos en retirada. El viejo león de la batalla se despertó en el corazón de Auda, y lo hizo nuestro natural capitán. Mediante una hábil conversión, empujó los turcos a un mal terreno y fragmentó su formación en tres partes.

La tercer pate, la menor, estaba integrada principalmente por artilleros alemanes y austríacos, agrupados alrededor de tres camiones y un puñado de oficiales a caballo y hombres de línea. Peleaban con espléndido coraje y nos rechazarón una y mas veces, a pesar de nuestro ánimo. Los árabes peleaban como demonios, los ojos empañados por el sudor, las gargantas resecas por el polvo, mientras la llama de venganza y crueldad que les ardía en el cuerpo los torcía de tal modo que sus manos apenas podían tirar. Por mi orden no tomamos prisioneros, la única vez en nuestra guerra.

Al fin dejamos a nuestra espalda esa sección soberbia y perseguimos las dos que eran más veloces. Sufrían un pánico y hacia la hora de la puesta del sol las habíamos destruído casi del todo, ganando lo perdido por ellas. Partidas de labriegos engrosaban nuestro avance. Al principio había cinco o seis para un arma; después uno ganaba una bayoneta, otro una espada, una pistola el tercero. Una hora más tarde aquellos que arribaron a pie iban en burro. Después cada hombre tenía un rifle y había capturado un caballo. Cuando cayó la noche los caballos estaban cargados y la rica llanura estaba cubierta de cadáveres de hombres y de animales. En una locura engendrada por el horror de Tafas, matábamos y matábamos, haciendo volar a balazos las cabezas de los caídos y de las bestias, como si su muerte y sangre corriente pudieran aplacar nuestra agonía.

Sin embargo, a pesar de heridas y puntadas y extenuación, yo no dejaba de pensar en Talal, el espléndido capitán, el diestro jinete, el cortés y fuerte compañero de los caminos, y ordené que me trajeran mi otro camello, y con un hombre de mi escolta, salí en la noche en busca de los nuestros que perseguían la columna de Dera.

Estaba muy oscuro, con grandes ráfagas de viento desde el Este y el Sur, y sólo por las detonaciones que nos traía y por los fogonazos ocasionales, pudimos encontrar la batalla. Cada campo y cada valle tenía sus turcos tropezando hacia el Norte. Nuestros hombres no los soltaban. La noche los había envalentonado y estaban apretando a los enemigos. Cada aldea embestida por la batalla se añadía al trabajo, y el viento renegrido y glacial estaba loco de fusilería, de gritos, de descargas turcas y del ruido agitado de los galopes.

El enemigo había perdido su orden y su coherencia y la tempestad los arreaba en montones sueltos, listos a hacer fuego y a huir, al menor contacto enemigo o hasta recíproco, y los árabes no estaban menos desbandados, y casi tan inciertos.

Una excepción eran los destacamentos alemanes, y aquí, por primera vez en esa campaña, pude enorgullecerme de los hombres que habían matado a mis hermanos. Estaban a dos mil millas de la patria, sin esperanza y sin capitanes, en condiciones lo bastante insensatas para destrozar los nervios más firmes. Sin embargo, sus filas se mantenían, maniobrando entre el naufragio de turco y árabe como barcos acorazados, altos y silenciosos. Atacados, se detenían; tomaban posición, hacían fuego ordenado. No había prisa ni gritos, ni vacilación. Eran gloriosos.

Con auxilio local los Ruala saquearon el campamento, encontrando botín en los depósitos incendiados, cuyos techos en llamas amenazaban sus vidas; pero esta era uno de las noches en que la humanidad se enloqueció, en que pareció imposible la muerte, por más valientes que murieran a derecha y a izquierda, y en que las ajenas vidas eran juguetes hechos para romper y para tirar.

La Perdiz, Ave Simuladora

★ POR **G. E. Hudson**

ILUSTRACION DE RECHAIN

La Perdiz común de las Pampas, como se la designa generalmente — pues el nombre dado por los Naturalistas es completamente desconocido en esta parte de América — es más pequeña que la Perdiz grande, más en cuanto a su forma, de fino pico corbo, desnudas extremidades, y de plumaje diversificado, se le parece muchísimo. Habita asimismo el mismo suelo dilatado y dotado de pasto, y abunda por doquier en las pampas y hasta el valle del Río Negro en la Patagonia. Es un ave solitaria; pero se encuentran siempre solitarios sobre las pampas; he podido observar a varios de ellos darse cita y jugar entre ellos a la manera de gatitos, atropellando a unos y a otros desde su escondite. El ave perseguida se escapa siempre utilizando ángulos rectos o asimismo echándose al suelo a fin de que el perseguidor pase sobre él. Es mansa de temperamento y vuela con tan pocas ganas que no es menester el matarlas a tiros donde son muy numerosas, sino apalearlas con un látigo o un bastón. Se desliza perezosamente, emitiendo mientras anda, una serie de bajas notas silbadas. Posee en su registro dos canciones o aullidos distintos, gratos al oído y que pueden ser escuchados durante todo el año; pero, con mayor frecuencia en la primavera, y donde son escasas estas aves y harto perseguidas, tan sólo en la mentada estación del año. Uno de estos cantos está constituído por una sucesión de veinte e cuarenta notas silbantes, cortas e impresionantes, muy acompasadas, y seguidas por una media docena de notas emitidas rápidamente, que empiezan con fuerza y van bajando hasta que cesan totalmente; el otro llamado está formado por un trino suave y continuado, que parece hincharse de misteriosa manera en el aire, pues el que lo escucha no puede dar con el sitio de donde emerge, dura varios segundos, y luego semeja perderse en la lejanía.

Resulta muy singular el ver a esta ave levantar el vuelo a menos que se halle constreñida a hacerlo. Creo que su faculta de volar la usa principalmente, si no exclusivamente, como un medio de evadirse del peligro. La perdiz se levanta casi cuando ha sido pisada, haciéndose, entonces, al aire violentamente y emitiendo un sonido sorprendente. En esta emergencia continúa elevándose según un ángulo decreciente durante el espacio de unas cincuenta o sesenta yardas, luego cesa la acción violenta de las alas y el pájaro se desliza cerca del suelo por espacio de algún tiempo, y enseguida aterriza o de lo contrario renueva su vuelo. Supongo que muchos pájaros vuelan de esta suerte, solamente que este Tinamu emprende el comienzo de su vuelo con una energía tan asombrosa que hasta que aquélla no se ha extinguido y ha llegado el momento de deslizarse, esta acción está tan bajo el contralor del pájaro como el movimiento de una locomotora sin freno, que anduviese a toda velocidad, y que fuera su propio conductor. El ave conoce tan acabadamente a que la expone esta clase peculiar de vuelo que cuida mucho de no volar sino en la dirección donde pueda estar expédito el camino. Sin embargo, algunas veces se vé obligada a alzar el vuelo sin tomar en cuenta los obstáculos que se le interponen: asimismo a menudo le fallan sus cálculos acerca de la altura del obstáculo, lo que hace que el Tinamu tenga a menudo accidentes mientras está volando. Durante el transcurso de un paseo a caballo de dos millas, durante el cual, muchos pájaros saltaron ante mi, he podido observar a tres de estos Tinamus estrellarse a muerte contra una empalisada cerca del camino, cuya altura evidentemente no fué debidamente apreciada por esta ave. He podido constatar también que unos de estos pájaros en el acto de volar a ciegas se topó contra el muro de la casa muriendo instantáneamente.

Uno de mis hermanos me refirió algo muy curioso que había presenciado una vez. Galopaba sobre las pampas, azotado por un viento violentísimo, cuando un Tinamu se paró ante su caballo. El pájaro subió verticalmente, y moviendo violentamente sus alas y con una presteza que excedía en mucho un vuelo ordinario, continuó ascendiendo hasta que llegó a una dilatada altura, y luego bajó de nuevo, dando vueltas y más vueltas, dando con el suelo a unas pocas yardas del sitio desde el cual alzó el vuelo, y haciéndose un pelotón debido a la fuerza tremenda con que cayó. Es muy fácil averiguar la causa de semejante accidente: en tanto el Tinamú se debatía ciegamente para avanzar, el fuerte viento, al molestar la superficie baja de las alas, la forzó a elevarse, hasta que el mísero pájaro, enloquecido sin la esperanza de salvarse, cayó nuevamente a tierra. He observado a menudo a una Golondrina, a una Gaviota o a un Halcón, remontarse durante un viento muy intenso, y de repente dar vuelta la superficie baja de sus alas hacia el viento, y volar rápidamente hacia arriba, apareciendo sin la producción de mucho esfuerzo, a una altura considerable, y luego recogerse y en seguida salir en otra dirección. Una vez que el Tinamú se lanza al espacio, está a la merced del azar; de todos modos, si este episodio me hubiera sido referido por un extraño, no lo hubiese tomado en cuenta.

Esta clase de Tinamú es perseguido a menudo y cazado por gauchos jóvenes bien montados; frecuentemente se escapa hacia algún cuchitril en la tierra, más cuando no ve ante sí algún refugio donde guarecerse y se le persigue con tenacidad, no es raro que caiga muerta. Cuando se les captura con la mano simulan la muerte, o se desmayan, más al ser puestas en libertad recuperan todas sus facultades.

El nido está constituído por un ligero hueco escarbado en el suelo, bajo una planta de abrojo o sencillamente levantado sobre el mismo suelo y revestido de hojas secas. El número de huevos varía entre cinco y ocho. Son de forma elíptica, con cáscaras pulimentadas, y por regla general su color es de la borra de vino; más los tintes suelen variar, algunos huevos ofrecen un tinte colorado y otros un profundo colorido a hígado.

★

En la Patagonia el Tinamú manchado es reemplazado por un ave que mucho se le parece, el Tinamú clasificado por Darwin.

A ésta especie se le llama también Perdiz Chica, nombre con que la designan los nativos, es un ave más pequeña y más pálida en su coloración que el Tinamú vulgar de las pampas, pero se parece muchísimo a la cría joven de aquella especie. Habita la Patagonia, y no se da allí abundantemente, mas aparece distribuida en corto número igualmente sobre los estériles llanos de esa región, teniendo predilección por los lugares donde abundan los montes bajos. Su disposición natural es [illegible] tremadamente tímida [illegible] do se acerca uno a [illegible] a una gran distancia adelante y lo más apresuradamente posible, a todas luces llena de pavor. Algunas veces cuando corre de esa suerte, emite breves notas silbadas, parecidas a las de las especies que se le asemejan. Sube con más prontitud y haciendo menos ruido que el ave similar de las pampas, y asimismo vuela a mayor altura.

El Puntual Mardrus

DESTINO paradójico el de Mardrus. Se le adjudica la virtud *moral* de ser el traductor más veraz de las 1001 Noches, libro de suculenta fornicación, antes escamoteada a los compradores por la reserva diplomática de Galland o los metódicos remilgos de Lane. Se venera su genial literalidad, muy demostrada por el inapelable subtítulo *Versión completa y literal del texto árabe* y por la inspiración de escribir *Libro de las mil noches y una noche*. La historia de ese nombre es edificante; podemos recordarla antes de revisar a Mardrus.

Las *Praderas de oro y minas de joyas* del historiador El-Masudi, describen una recopilación titulada *Hezár Afsaneh*, palabras persas cuyo recto valor es *Mil aventuras*, pero que la gente apoda *Mil noches*. Otro documento del siglo diez, el *Fihrist*, narra la historia liminar de la serie: el juramento desolado del rey que cada noche se desposa con una virgen que hace decapitar en el alba, y la resolución de Shahrazad que lo distrae con maravillosas historias, hasta que encima de los dos han girado mil noches y ella le muestra su hijo. Esa invención —tan superior a las venideras y análogas de la piadosa cabalgata de Chaucer o la epidemia de Giovanni Boccacio— dicen que es posterior al título, y que se urdió con el fin de justificarlo... Sea lo que fuere, la primitiva cifra de 1000 pronto ascendió a 1001. ¿Cómo surgió esa noche adicional que ya es imprescindible, esa *maquette* de la irrisión de Quevedo —y luego de Voltaire— contra Pico de la Mirándola: *Libro de todas las cosas y otras muchas más?* Littmann sugiere una contaminación de la frase turca *bin bir*, cuyo sentido literal es *mil y uno* y cuyo empleo es *muchos*. Lane, a principios de 1840, adujo una razón más hermosa: el mágico temor de las cifras pares. Lo cierto es que las aventuras del título no pararon ahí. Antoine Galland, desde 1704, eliminó la repetición del original y tradujo *Mil y una noches*: nombre que ahora es familiar en todas las naciones de Europa, salvo Inglaterra, que prefiere el de *Noches árabes*. En 1839 el editor de la edición de Calcuta, W. H. Macnaghten, tuvo el singular escrúpulo de traducir *Quitab alif laila ua laila* por *Libro de las mil noches y una noche*. Esa renovación por deletreo no pasó inadvertida. John Payne, desde 1882, comenzó a publicar su *Book of the Thousand nights and one night*: el capitán Burton, desde 1885, su *Book of a Thousand nights and a night*; J. C. Mardrus, desde 1899, su *Livre des mille nuits et une nuit*.

Busco el pasaje que me hizo definitivamente dudar de la veracidad de este último. Pertenece a la historia doctrinal de la Ciudad de Bronce, que abarca en todas las versiones el fin de la noche 566 y parte de la 578, pero que el doctor Mardrus ha remitido (el Angel de su Guarda sabrá la causa) a las noches 339-346. No insisto, esa reforma inconcebible de un calendario ideal no debe agotar nuestro espanto. Dice Shahrazada-Mardrus: *El agua se encauzaba por cuatro canalillos trazados en el piso de la sala con sinuosidades encantadoras, y cada canalillo tenía un lecho de color especial: el primero tenía un lecho de porfido rosa; el segundo, de topacios; el tercero, de esmeraldas, y el cuarto, de turquesas: de tal modo, que el agua de cada uno se teñía del color de su lecho, y herida por la luz atenuada que filtraban las sedas en la altura, proyectaba sobre los objetos de su alrededor y las paredes de mármol una dulzura de paisaje marino.*

Como ensayo de prosa decorativa a la manera del *Retrato de Dorian Grey*, acepto (y aun venero) esa descripción: como versión "completa y literal" de un pasaje compuesto en el siglo trece, repito que me alarma infinitamente. Las razones son multiaples. Una Shahrazad sin Madrus describe por enumeración de las partes, no por mutuas reacciones, y no alega detalles circunstanciales como el del agua que trasluce el color de su lecho, y no define la calidad de la luz filtrada por la seda, y no alude al Salón de Acuarelistas en la imagen final. Otra pequeña grieta: *sinuosidades encantadoras* no es árabe, es notoriamente francés. Ignoro si las anteriores razones pueden satisfacer: a mí no me bastaron, y tuve el indolente agrado de compulsar las tres versiones alemanas de Weil, de Henning y de Littmann, y las dos inglesas de Lane y de Sir Richard Burton. En ellas comprobé que el original de las diez líneas de Mardrus era éste: *Las cuatro acequias desembocaban en una pila, que era de mármol de diversos colores.*

POR

Jorge Luis Borges

★

ILUSTRACIONES DE

P. Gilda

Las interpolaciones de Mardrus no son uniformes. Alguna vez son descaradamente anacrónicas —como si de pronto discutiera la retirada de la misión Marchand. Por ejemplo: *Pero he aquí que con un mismo gesto, quieto, se destacaban sobre monumentales zócalos altas figuras de bronce, enormes jinetes tallados en mármol, animales atados que se inmovilizaban en el vuelo estéril.* O ésta, cuyo galicismo no es menos público: *Una alfombra magnífica, diestramente fabricada con lana de colores gloriosos, abría sus flores sin aroma en medio de su césped sin savia, y vivía toda la vida artificial de sus florestas pobladas de pájaros y animales copiados de manera exacta con su belleza natural y sus contornos verdaderos.* (Ahí las ediciones árabes rezan: *A los lados había tapices, con variedad de pájaros y de fieras, recamados en oro rojo y en plata blanca, pero con los ojos de perlas y de rubíes. Quien los miró, no dejó de maravillarse.*

Mardrus no deja nunca de maravillarse de la pobreza de "color oriental" de las 1001 Noches. Con una persistencia no indigna de Cecil B. de Mille, prodiga los visires, las palmeras, los besos y las lunas. Le ocurre leer, en la noche 570: *Arribaron a una columna de piedra negra, en la que un hombre estaba enterrado hasta las axilas. Tenía dos enormes alas y cuatro brazos: dos de los cuales eran como los brazos de los hijos de Adán y los otros dos como las patas de los leones, con las uñas de hierro. El pelo de su cabeza era semejante a las colas de los caballos y los ojos eran como ascuas y tenía en la frente un tercer ojo que era como el ojo del lince.* Traduce lujosamente: *La caravana llegó ante una columna de piedra negra, a la que estaba encadenado un ser extraño del que no se veía más que medio cuerpo, pues el otro medio parecía enterrado en el suelo. Aquel busto que surgía de la tierra, diríase un engendro monstruoso arrojado allí por la fuerza de las potencias infernales. Era negro y corpulento como el tronco de una palmera vieja, seca y desprovista de sus palmas. Tenía dos enormes alas negras, y cuatro manos, dos de las cuales semejaban garras de leones. En su cráneo espantoso se agitaba de un modo salvaje una cabellera erizada de crines ásperas como la cola de un asno silvestre. En las cuencas de sus ojos llameaban dos pupilas rojas, y en la frente, que mostraba dobles cuernos de buey, aparecía el agujero de un solo ojo que se abría inmóvil y fijo, lanzando iguales resplandores verdes que la mirada de tigres y panteras.*

Algo más tarde escribe: *El bronce de las murallas, las pedrerías encendidas de las cúpulas, las terrazas cándidas, los canales y el mar entero, así como las sombras proyectadas por Occidente, se amalgamaban bajo la brisa nocturna y la luna mágica.* *Mágica*, para un hombre del siglo trece, debe haber sido una calificación muy precisa, no el mero epíteto mundano del galante doctor... Yo sospecho que el árabe no es capaz de una versión "completa y literal" del párrafo de Mardrus, así como tampoco lo es el latín, o el castellano de Miguel de Cervantes.

En dos procedimientos abunda el libro de las 1001 Noches: uno, puramente formal, la prosa rimada; otro, las predicaciones morales. El primero, conservado por Burton y por Littmann, corresponde a las animaciones del narrador: personas agraciadas, palacios, jardines, operaciones mágicas, menciones de la Divinidad, batallas, principios y finales de cuentos. Mardrus, quizá misericordiosamente, lo omite. El segundo requiere dos facultades: la de combinar con majestad palabras abstractas y la de proponer sin bochorno un lugar común. Las dos le fallan a Mardrus. De aquel versículo que Lane memorablemente tradujo: *And in this palace is the last information respecting lords collected in the dust*, nuestro doctor apenas extrae: *¡Todos pasaron ya! ¡Y casi no tuvieron tiempo de reposar a la sombra de mis torres!* La confesión del ángel: *Estoy aprisionado por el Poder, confinado por el Esplendor, y castigado mientras el Eterno lo mande, de quien son la Fuerza y la Gloria*, es para el lector de Mardrus: *Estoy encadenado aquí por la Fuerza Invisible hasta la consumación de los siglos.*

Tampoco la hechicería tiene en Mardrus un coadjutor de buena voluntad. Es incapaz de mencionar lo sobrenatural sin alguna sonrisa. Finge traducir, por ejemplo: *Un día en que el califa Abd-el Melek, oyendo hablar de ciertos vasos de cobre antiguo cuyo contenido era una extraña humareda negra de forma diabólica, se maravillaba en extremo y parecía poner en duda la realidad de hechos tan verídicos: hubo de intervenir el viajero Talib ben-Sahl.* En ese párrafo (que pertenece, como los demás que alegué, a la Historia de la Ciudad de Bronce) el candor voluntario de *tan verídicos* y la duda más bien inverosímil de Abd-elMelek, son dos obsequios personales del traductor.

Continuamente, Mardrus quiere completar el trabajo que los lánguidos árabes anónimos descuidaron. Añade paisajes *art-nouveau*, buenas obscenidades, pequeños interludios cómicos, rasgos circunstanciales, simetría, mucho orientalismo visual. Ignoro si esas diversiones sonrientes son las que infunden a la obra ese aire tan feliz, ese aire de chacota personal, no de tarea de mover diccionarios. Sólo me consta que la "traducción" de Mardrus es la mas legible de todas —después de la incomparable de Burton, que tampoco es veraz. (En ésta, la falsificación es de otro orden. Reside en el empleo gigantesco de un inglés charro, cargado de arcaísmos y barbarismos).

Deploraría (no por Mardrus, por mí) que en las comprobaciones anteriores se leyera un propósito policial. Mardrus es el único arabista de cuya gloria se encargaron los literatos, con tan desaforado éxito que ya los mismos arabistas saben quién es. André Gide fué de los primeros en elogiarlo, en agosto de 1899; no pienso que Cancela y Capdevila serán los últimos. Mi fin no es desmentir esa admiración, es documentarla. Alabar la precisión de Mardrus es omitir el alma de Mardrus, es no aludir siquiera a Mardrus. Su imprecisión, su jubilosa imprecisión creadora, es lo que nos debe importar.

Peloponeso y Jazmín ★ por Hamlim







